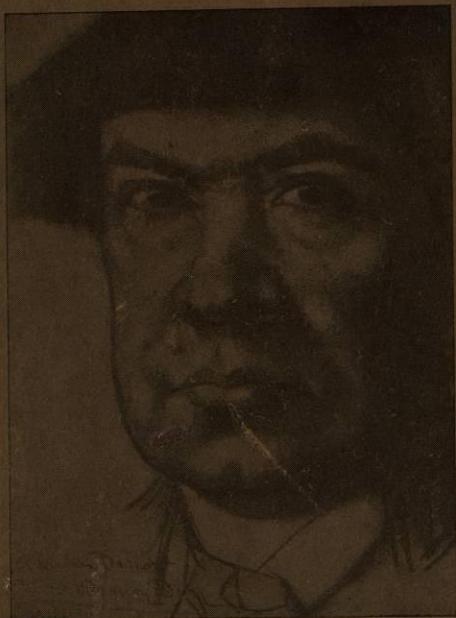


RUBEN DARIO

POEMAS ESCOGIDOS



519
9

Con varias poesías inéditas
y un autógrafo. Prólogo de
LEOPOLDO LUGONES

LECTURA SELECTA.

NUMERO 4.

PQ7519

.D3

A17

1919



1020101593

15622

LECTURA SELECTA

RUBÉN DARÍO

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

OBRAS POÉTICAS DE RUBÉN DARÍO

EPÍSTOLAS Y POEMAS.

ABROJOS.

RIMAS.

AZUL.... (prosa y verso).

PROSAS PROFANAS.

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

EL CANTO ERRANTE.

POEMA DEL OTOÑO.

CANTO A LA ARGENTINA.

RUBEN DARÍO

POEMAS
ESCOGIDOS

SEGUIDOS DE
POEMAS DISPERSOS

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

LECTURA SELECTA
MEXICO MCMXIX

12236

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

PQ 7519

D3

A17

1919

Cancion de la noche en el mar.

¿Que barco viene alla?
¿Es un farol o es una estrella?
¿Que barco viene alla?
Es una linterna tan bella
Y no se sabe a donde va!

¿Es Venus, es Venus la bella?
¿Es un alava, o es una estrella?
¿Que barco viene alla?
Es una linterna tan bella...
Y no se sabe a donde ira!

Es Venus, es Venus es ella!
Es un farol y es una estrella
Que nos indica el mar alla
Y que el Amor sublime sella
Y es tan misteriosa y tan bella
Que en la noche deya su huella
Y no se sabe a donde va!

Dubén Darío

Oceano Atlantico. MCMVI

RUBEN DARIO¹

¿Quién es ése que murió en pequeña lejana ciudad, durante el cataclismo más espantoso de la historia, sin cargo importante ni fortuna, antes empobrecido por todas las miserias de la existencia; y que, no obstante, entristeció al desaparecer, veinte naciones representadas en la ocasión por sus más bellas almas: con lo cual sonaron para lamentar como broncees dolidos, los sendos idiomas ibéricos que hablan cien millones de hombres? ¿Quién es ése más grande, así, que los reyes, porque no teniendo corona de mandar, mereció entre los pueblos los funerales de Alejandro? ¿Quién es ése que de tal modo representaba como la expansión de un nuevo helenismo? Ese no es sobre la tierra sino esta cosa de apariencia sutil y fugaz: una alma que canta. Y él mismo habíase definido de esta suerte:

*Yo soy aquel que ayer no más decía
El verso azul y la canción profana,
En cuya noche un ruiseñor había
Que era alondra de luz por la mañana.*

Como la alondra y el ruiseñor, simultáneamente encarnados en él, Rubén Darío, poeta absoluto, es un sér constituido de alas, melodía y luz. Alas que viven de volar; me-

¹ Discurso leído en el Teatro de la Opera de Buenos Aires, la noche del 21 de mayo de 1916, en el homenaje público que los intelectuales argentinos tributaron a la memoria de Rubén Darío.

R U B E N D A R I O

lucía que de callar muriera; luz que prolongando su infinitud de amor la noche de Julieta, así evocada, trasmuta la plata del plenilunio en el oro de la aurora. Poeta absoluto. Nada más que poeta, sí señor. Como si dijéramos: nada más que estrella...

Estas consagraciones honran, así, a la especie humana. Un instinto superior parece que le revelara en ellas la desnudez de la verdad implícita, como al estremecerse el agua resalta su cristal en la estría pasajera. Lo que es, efectivamente, un poeta, la gente no sabría decirlo. Cuando el trajín diario la rebaja a la condición de acémila, y así pasa cargando su triste vida, furiosa de afán, resoplante bajo su saco de oro, suele creerlo inútil, porque canta. En vez de alegrarse con aquel regalo de belleza, cuyo objeto es conservar un poco de dignidad humana sobre la turba así embrutecida, arroja una piedra al pájaro, o le reprocha con vileza los cuatro granos que come sin pagar. El rebajamiento posee un perverso instinto de rebajarlo todo, y la injusticia de la opresión torna injusto al oprimido. Entonces ocurre este fenómeno conmovedor: el pájaro herido canta todavía, porque, pena y regocijo, todo es para él un perpetuo cantar. Y un día, cuando se muere, tal cual mueren los pájaros, como del aire, y entonces viene a verse cuán poco estorbaba en realidad, y que ni era para reprochárselo, por lo mucho y bien que cantó, el vago asombro de la gente parece contener un remordimiento tardío. Ella desearía saber lo que es un poeta, y cómo resulta inmortal nada más que con un poco de ritmo y de rima en los cuales no se contiene una ley científica, ni un principio filosófico, ni una máxima moral, ni una prescripción política, como esas que en substanciosos frutos la prosa le madura. ¡Un poeta! ¿Qué será un poeta?

Es esto:

Por los campos antiguos en que, campo de libertad ella misma, nuestra Argentina se dilataba sin catastros ni alam-

P O E M A S E S C O G I D O S

bres; solía el caminante extraviado meterse de noche al seno de un bosque incógnito. No había percance más temible, porque el bosque es el laberinto donde se puede andar hasta la muerte, siguiendo la pista de sí mismo, el palacio abierto que no tiene salida, morada de las hadas maléficas que escamotean el rumbo en un rayo de luna, y el grito de auxilio en una vaguedad rumorosa más enorme que el mar, calabozo sin paredes, pues no hay encierro como la falta de horizonte. La única salvación era, entonces, dar con agua; no sólo porque la sed solía reinar bajo la espinosa fronda, sino porque la fuente, el jagüel, el charco, presuponen la existencia de sendas, de animales que las trazan con la frecuencia de venir, de hombres, quizá. Agua y camino resultaban, pues, términos correspondientes. Y el río que los revelaba era, según la ciencia del desierto, el pájaro matinal. Bosque donde no cantaban pájaros al amanecer, estaba lejos del agua. Aquella ausencia aparentemente baladí, imprimía un horror trágico al percance. ¡Con qué ansiedad esperaba el transeunte en peligro ese gorjeo salvador, ensimismado en la fatalidad de la noche aciaga, como enterrado ya en el silencio y en la soledad funesta que formaban con las tinieblas un bloque incommovible hasta la eternidad, y negro, negro hasta la desesperación, mientras el monte, erizándose al contorno, parecía retorcerle en la garganta su aspérrima amargura! ¡Ah! desolación la del alba sin trinos sobre el ramaje polvoriento que estaba como arruinándose bajo cenizas desabridas y heladas; miedo de aquella luz fatal, color de salitre; anonadamiento de condena entre la patibularia trabazón de esos leños, derrumbe de ser en las espaldas semejantes a desmoronados adobes, en las rodillas que se desencajan, en el corazón que se sume allá dentro como una piedra. Pero también qué salto de alegría en el alma, cuando al pintar la luz como una humedad celeste las ramitas extremas, y conmoverse a aquel contacto el férreo corazón de la selva

R U B E N D A R I O

todavía trágica en el terror nocturno, arrancaba el jilguero, dorándose ya con la aurora, de alto que se ponía, su canto valeroso que iba así purgando, para vaciarlo de sus estrellas, el saco de la noche, y tallando al mismo tiempo en cristalina trituración el puro diamante de la mañana, y anunciando, por último, al hombre triste, con la cercanía del agua bullente en el gorjeo, la seguridad, la dirección, la libertad, la salud, la vida.

El idioma, es decir, el espíritu mismo hecho palabra, era en América ese perdido. Repetición vacía de una retórica, ya muerta, empecinábese en esta quimera anticientífica y antinatural: que el nuevo mundo siguiese hablando como España. Solamente para el idioma, que es la más noble de las funciones humanas, no había existido emancipación. El falso purismo de la Academia, la belleza formulada en recetas de curandero, la parálisis rítmica, la indigencia de la rima, el verso blanco y la licencia poética, la abundancia declamatoria: todos esos accidentes que no son sino justificaciones de la ignorancia y autorizaciones a la mediocridad, constituían nuestro código, o mejor dicho, "códex," en materia de idioma. Imitar, imitar siempre a los clásicos inimitables, era la prescripción: es como los muertos en un mundo de vivos...

He aquí dos principios útiles en la materia. Para imitar con éxito a un artista superior, se necesita ser otro artista superior; pero cuando se es esta cosa excelente, ya no se imita a nadie: se crea. Los métodos de un artista superior, no le sirven más que a él; pues, o son inaccesibles al mediocre, por la misma razón de su mediocridad, o resultan inútiles para otro artista superior, porque éste no los necesita. Y de ahí que toda forma superior del arte sea necesariamente original. Imitar, pues, a los artistas superiores, que por esto llegan a ser clásicos, resulta, precisamente, lo contrario de lo que se quiere hacer. Vivir un hombre, no es para él repetir el cuerpo de otro hombre: el

P O E M A S E S C O G I D O S

cadáver, que según dijo profundamente un estoico, lleva el alma a costas en el transcurso de la vida; sino diferenciarse de todos los hombres, ser distinto, ser desigual. En esto consiste todo el fenómeno de la vida; y así, hasta los seres más colectivizados nos enseñan que no hay dos hojas idénticas en el mismo árbol, ni dos abejas iguales en la misma colmena.

Rubén Darío fué el anunciador de esta fuente de vida, y esto tiene ahora una prueba irrefragable: la poesía joven de España, es rama de su tronco. Así resulta el hombre significativo de un renacimiento que interesa a cien millones de hombres, el último libertador de América, el creador de un nuevo espíritu. Sólo la premiosa superficialidad de nuestra vida nos impide ver que andamos entre prodigios, como éste de codearnos con seres que tienen el don divino de crear espíritus inmortales. La obra de arte que sobrevive a su autor y sigue con ello despertando interés, simpatía, emociones; engendrando obras análogas, suscitando vida, en una palabra, es, sin duda, un ser viviente. Y cuando se incorpora al ser de una raza modificando su orientación, resulta espíritu inmortal.

Pero, ¿qué importa de positivo y general, dirá tal vez alguno, esa transformación de la poesía? Nada menos, señores que una etapa de la civilización.

Sabemos ya por la ciencia del lenguaje y por la historia que la evolución de los idiomas se inicia con la poesía. Así, cuando cambia la expresión poética, es que empieza a modificarse la orientación espiritual. Y esto reviste una importancia tan grande, porque la civilización no es otra cosa que el conjunto de ciertas invenciones, comunicaciones y convenios cuya expresión irremplazable es la palabra. Falte la palabra, y todo aquello ya no existe. No hay cómo comunicarlo ni concertarlo. El hombre ha desaparecido como ser social. Por esto la palabra es el distintivo de su superioridad entre los seres. Poseer un idioma bien organi-

zado, es, pues, para los pueblos la cosa más importante que existe; y tener poetas que lo vivifiquen y organicen progresivamente, constituye un fenómeno de la más alta civilización.

Para mayor grandeza de Rubén Darío, la expansión del castellano en las Américas predestinábalo a ser el poeta de un mundo. Por esto dije que veía en él al representante de un nuevo helenismo.

Y es maravilloso también cómo lo practicó.

Qué cosa más sencilla en sus elementos.

Todo ello consiste en dejar que la emoción poética venga con su palabra, sin reato alguno a fórmulas; y de esta suerte, que sea ella la autora de la expresión correspondiente, no la prisionera de moldes preconcebidos. Y en cuanto a la imaginación, que es la otra facultad activa en el fenómeno poético, dejarla también andar como quien divaga por un vergel sin caminos, y así va y traza el suyo simplemente con ir recogiendo flores, pues en los jardines dispuestos por mano ajena, ya no hay nada que hacer, sino recrearse sin tocar ni salirse de los senderos como la urbanidad prescribe. Nadie es dueño sino de sus flores; y si no las sabe producir, no se dedique a jardinero.

Ahora, si se mira bien, aquel doble fenómeno de la nueva poesía, resulta no ser otra cosa sino el ejercicio de la libertad de imaginar y la disposición natural de las expresiones con que la emoción se manifiesta. Así todo sale bien, porque todo viene a su tiempo, cosa para lo cual basta dejarlo venir tal como va naciendo en el alma. Es exactamente lo que sucede en la masa del aire que lo constituye, y no aparecen sino cuando es debido, conforme a la naturaleza de aquél; la belleza está en el alma, cuyos diversos estados son los que la revelan. De esta suerte llegué un día a comprender el secreto del arte griego, y por qué sobrevive en su propia ruina el Partenón, y el idioma de Homero se conserva inmortal cuando hasta los dioses contemporá-

neos han muerto. Es que en una y otra construcción todo se dispuso como de suyo, porque todo se subordinó al sistema proporcional, que es el organismo de un hombre vivo, para conseguir lo cual no hay sino un método: vivir. Verbo sublime, expresión de la síntesis arquetípica, a cuya virtud vemos confundirse en este caso el instinto genial con el supremo raciocinio.

Y aquí hay otro hecho tan significativo como aquel ya citado de la influencia de Darío en la moderna poesía española: después de él, todos cuantos fuimos juventud cuando él nos reveló la nueva vida mental, escribimos de otro modo que los de antes. Los que siguen hacen y harán lo propio. América dejó ya de hablar como España, y, en cambio, ésta adopta el verbo nuevo. El pájaro azul cantaba y detrás de él venía el sol.

Todo eso explica también las nuevas expresiones y las nuevas formas. La miseria de la literatura americana había consistido en que nos obstinábamos en hablar como España, pensando de un modo enteramente distinto. No bien nació el poeta que restableciera la armonía vital entre pensamiento y palabra, cuando el verso, aunque contase las mismas sílabas, sonó ya de otro modo. El estilo se animó con nuevos colores. Una música más delicada y sutil coordinó los elementos verbales. El idioma poético subordinóse enteramente a la música en que consiste. De esta música emanaron, y no al revés, la emoción y la idea. Sufrió la prosa al instante la misma influencia libertadora y personal. Comprendióse que poesía y prosa, aun cuando el objeto de aquélla sea revelar la emoción y el de ésta formular la noción, están gobernadas por el ritmo. Este no es, en suma, sino la manifestación del *tono vital* que en cada hombre rige la circulación de la vida. De esta suerte, en el acento peculiar que caracteriza su voz, tiene cada hombre su música. Por esto, cuando lo oímos sin verlo, decimos con

R U B E N D A R I O

certeza: la voz de Fulano. Hay en todo eso, como se ve, una razón profunda.

Aquellas formas nuevas no fueron todas hermosas ni aceptables. La verdad es que al calor de la lucha y al retozo de algún epigrama antiacadémico, hubo a veces alguna exageración. Pero, eso sí, aquello fué espontáneo, sobre todo en nuestro poeta. Quienes lo hemos visto trabajar, sabemos que su labor era el correr del agua feliz en la fuente generosa. Y así, para mayor gracia, la profunda revolución, que fué a la vez revelación genial, la hizo con poesías breves como el cuerpo del pájaro y la masa de la perla. ¿Pero no basta una ascua para encender todas las hogueras del mundo, un beso para torcer el curso de la vida, una sola estrella para embellecer la tarde? He oído cantar en mi sierra al pájaro llamado "rey del bosque." Canta solo, en la serenidad vespertina, desde algún sotillo cerrado que favorece su lírica abstracción. Y con ser tan grande la dulzura del canto, su prodigiosa claridad llena toda la montaña. La delicia que infunde dilátase casi temerosa en una fragilidad de pureza extrema. Y el alma se pone tan buena, que parece que va a llorar. No hay un rizo en la inmensidad celeste. Dijérase que el silencio y la luz son una misma cosa divina. La montaña aclárase y profundízase a la vez en una transparencia de zafiro. Entonces el gorjeo del pájaro nos revela una maravilla: la montaña está encantada y el mundo se ha vuelto azul.

Azul... fué el primer libro revelador de Rubén Darío.

No entiendo, dijo la retórica. Para las almas duras, nada hay tan difícil de entender como las cosas sencillas. Así el necio no puede ver el agua tranquila sin arrojarle una piedra. Es que no la entiende. En aquellos regocijados tiempos, nuestros clásicos de infantería ligera, que otros no conocí, declaraban con transparente astucia no entender a Verlaine, por supuesto que sin haberlo leído. Es lo que debe pensarse por consideración a su inteligencia. Con

P O E M A S E S C O G I D O S

eso evitaban nombrar al monstruo, que era para ellos tanto como anonadarlo, y le reprochaban en su admiración a Verlaine el consabido galicismo.

Porque claro está que ese libertador, ese griego de alma, ese creador del mucho espíritu en la poca materia, fué un hijo espiritual de Francia. Así repetíanse en él dos fenómenos por vez primera correlacionados para el máximo efecto: la renovación de la literatura española, que desde los tiempos del "Romancero" procede siempre de Francia, y las revoluciones libertadoras de América, que son también cosa francesa. No hay por ello nada más falso y más cursi que el horror académico al galicismo. Si algún país debe legítimamente influir sobre la cultura española, es el de Francia, por generoso y por hermano. Reconocerlo es una prueba de sencillo buen gusto; negarlo, un grosero alarde para llamar la atención, violando la conocida regla en cuya virtud la verdadera elegancia consiste en no hacerse notar, o una antigualla reaccionaria. No hay obra humana de belleza o de bondad que prospere sin su grano de sal francesa. Este grano de sal es perla que ha germinado en siglos y siglos de labor, de dolor, de heroísmo, de genio, de arte, de gloria. Y por esto, porque constituye la síntesis, excelente entre todas, del espíritu humano bajo su concepto superior, a todo comunica con la misma eficacia las propiedades substanciales de la sal: la claridad, la franqueza, la sobriedad, el sabor, la sazón, la fuerza.

He aquí por qué la influencia de Darío fué superior a la de Martí, genio, héroe y mártir. Es que este último, en su propia magnificencia, escribió todavía el castellano académico. Hizo las del Cid, que es decir cosas grandes entre las más excelsas; pero no habló como él. Pues el Campeador de las Españas cometía galicismos...

Amar a Francia es ya una obra de belleza. Gloriarse de ello ahora, es un acto de dignidad humana. Su heroico dolor ha sido la revelación de esta grandeza: que la justicia

de la humanidad es la justicia de Francia. En el peligro de Francia fermenta en sangre la barbarie de Europa. Y nosotros no podemos desentendernos de ello, sin renegar nuestra propia civilización. La miserable neutralidad de los pueblos que se llaman libres, aun cuando con ella se exhiben esclavos del miedo, es una aceptación anticipada de la felonía, el terrorismo y la infamia. La esperanza, este bien supremo que ilumina la existencia del último miserable, es una flor de Francia: una intrépida amapola de sus campiñas, en cuya seda ligera palpita el hervor de hierro de la sangre de Francia. Y dijérase que en el estremecimiento de la flor, el gallo de las Galias yergue su cresta mordida.

Esto que ahora se ve tan claro, fué lo que el gran poeta nos anticipara en su anunciación de belleza. Y para que se note cómo es cierto que en todo gran poeta hay el "vate" de los antiguos, el sér profético para quien se anticipa el día en la altura de su espíritu, recordaré aquel magnífico grito de alarma, lanzado una tarde, hace veintisiete años, por Rubén Darío, quien percibió desde el Arco del Triunfo, en la sugestión clarividente de la gloria, el avance de la horda gigantesca sobre su Francia negligente y hermosa.

¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara Lutecia!

Así, resucitando en su lengua nueva el viejo pentámetro de Roma, cual si despertara en su sér uno de aquellos latinos del siglo V, y encabritara a modo de corcel el verso para más ver la horrenda gente, ha sentido:

El viento que arrecia del lado del férreo Berlín.

Y entonces clama con precisión maravillosa:

*Suspende, Bizancio, tu fiesta mortal y divina:
¡Oh Roma, suspende la fiesta divina y mortal!*

*Hay algo que viene como una invasión aquilina
Que aguarda temblando la curva del Arco Triunfal.
¡Tannhauser! Resuena la estrofa marcial y argentina
Y vese a lo lejos la gloria de un casco imperial.*

Conoí a Rubén Darío acá, en el apogeo de su gloria. Que nuestra tierra tuvo ese honor, retribuido por el gran poeta con gratitud inagotable.

Pero, gloria de artista, suele no ser más que tirante, medianía en la casa de huéspedes y en el empleo subalterno que le dan por compasión. Tal fué siempre, y más bien peor con frecuencia, la situación del maestro bien amado. Y todavía enrostrábase de vez en cuando, y nada era tan inseguro como sus propias colocaciones de la burocracia o del periodismo. Así solía recordar que "La Nación" fué la única morada cómoda para su talento; pues, como si fuera casa propia, igual se le conservaba en la ausencia. Allí hizo también algunas de sus mejores amistades. París y Buenos Aires resultábanle, según muchas veces lo repitió, las únicas ciudades donde vivía a gusto. Tenía de nuestro país una idea altísima y gloriosa. Decía que para él era algo en este mundo ser transeunte habitual de la calle Florida.

Hallábase en el período más brillante y sonoro de su campaña intelectual. Ricardo Jaimes Freyre era su hermano de armas. "La Revista de América," que para mayor poesía tuvo la vida de las rosas, acababa de ser el estandarte, o, mejor dicho, el tirso alzado por los dos poetas, pues llevó el color de aquéllos, mientras ellos, con sus versos, pusieron el perfume. No obstante, escribíase con entusiasmo, discutíase con ardor, y algunos jóvenes poetas ingresaban como novicios al grupo.

Darío, que era de una excesiva timidez, prefería aquella fácil sociedad a los halagos que nuestros salones le brindaban. Aquel evocador de princesas, sentíase horriblemente cohibido ante las damas; y el protocolo hubo de sufrir en

las manos del diplomático que a veces fué, fracasos monumentales. No obstante, eran perfectas su distinción, su delicadeza y su elegancia. Nunca, ni en sus peores momentos, le vi brutal o innoble. La discreción era en él lo que la suavidad callada del tereiopelo. Muy perspicaz en la ironía, dejábala pasar habitualmente, bajo una sonrisa que ya era compasión. Reservadísimo en sus afectos, era enormemente fácil de explotar por los parásitos de la bolsa y del talento que abundaban siempre en torno suyo. Creo que los dejaba hacer, por no reparar en una fealdad y mancharse, así, a su contacto. Por otra parte, como todo hombre realmente superior, no daba importancia alguna a que le engañase un vil. Que esto es condición de la vileza, y fuera necio extrañar, como dice el proverbio árabe, que salga perro el hijo de perro. Su vida, iniciada con terribles contrastes, en la orfandad precoz, la pasión instintiva, el ambiente ingrato, fué, bajo este concepto, muy dura con él. Padeció destierro perpetuo en el seno de la canalla. Y tal fué el estado en que arraigó la enfermedad terrible que lo ha llevado a la tumba. Errabundo por los pueblos, una fatalidad ciertamente invencible porque constituía la orientación inicial de su existencia desviada, sometíalo al poder de la chusma. Chusma de las letras, de la sociedad, del amor, a cuyo contacto padecía tormentos espantosos. Así, el vicio no es su manchá, porque no constituyó su placer, sino su martirio. Yo lo he visto combatir como un desesperado, aprovechando para ello la primer coyuntura que la amistad le brindaba. Pero la red de sus propias complicaciones, pronto volvía a reatarlo y aislarlo. El aislamiento era como un calabozo que llevaba consigo y resultaba la causa inmediata de sus caídas.

Atribuyo, en gran parte, a aquel cautiverio, sin que esta suposición quite nada a su fe, respetable como ninguna, la religiosidad de Rubén Darío. Fué siempre católico, y con ello, monárquico de convicción; pues como no había me-

nester de utilitarias conciliaciones, declaraba sin esfuerzo la evidente incompatibilidad del catolicismo con la república. Su pretendida conversión al morir, calumnia, pues, su fe de cristiano. La integridad del dogma, no ha tenido acatamiento más constante que el suyo.

No necesito añadir que, entonces, su despreocupación de la popularidad era absoluta, su desinterés de la gloria mayoritaria, alto y frío como un Ande bajo su manto azul.

Llevaba entonces barbado el rostro de cálida palidez, la cual dilatábase como soñando en la marmórea culminación de la frente. El cabello crespo y negrísimo, que nunca se infló en melena, iba regular sin compostura. Los ojos faunescos encendíanse de alegre franqueza que fácilmente oblicuaba en chispa irónica; pero su mirada era, sobre todo, fraternal. La ancha nariz, la ruda boca, repetían la máscara *verleniana*. Durante sus momentos de distracción, invadía una placidez monacal. El talante del poeta era de una elegancia varonil. Su tronco recio, su andar reposado. Todo en él manifestaba una virilidad casi brutal, salvo las manos bellísimas que parecían de jazmín. Vestía con sobria elegancia y expresábase lo mismo. Cuando, tras ocho años de separación, víle de nuevo, la rasura que desnudaba todo el rostro parecía haberlo fundido en el bronce grave de una escultura azteca. Pero todo esto nada vale ya. Alma que canta es, con notoria frecuencia, alma que llora. Y aquél pasó la vida llorando sin lágrimas por estética dignidad. Su triste carne humana es lo que no importa. Su alma bella nos queda para siempre, florecida en versos sencillos e inmortales. Los rasgos impresos por el dolor en aquel rostro que al envejecer se iba a lo trágico, y que, según un cronista, transfiguráronse al morir en esa efigie dantesca que trajera del infierno el gibelino, se fueron a la tumba con su siniestro escultor.

La muerte, a quien había temido como un niño a la obscuridad, fué a él sin que apenas la notara, con su paso li-

gero y su palidez celeste. Y así, en el seno del hogar recordado, en su pueblo natal que es donde es bueno morir, maduro para el descanso como quien dió tanta flor y ninguna espina, recibió, para decirlo con palabras de la *Iliada* inmortal, "la gracia del sueño"...

Entonces empezó la apoteosis. El pueblo gastó para sus exequias lo que jamás le habría dado para vivir: pues tal hacen todos los pueblos con sus hijos ilustres. Cosa horrible, en verdad: solamente los déspotas suelen ser oportunos en su socorro. Así Rubén Darío debió a Núñez, el de Colombia, a Zelaya, el de Nicaragua, a Porfirio Díaz, aquellos vagos consulados y plenipotencias cuyo ocio es propicio al genio desde los tiempos de Cicerón: *aliquam legationem, aut... cessationem... liberam et otiosam*, dice Atico en el primer libro *De las Leyes*: alguna legación o jubilación libre y ociosa, para que el orador sublime compusiera con despacio sus cosas eternas.

Pero los pueblos no son generosos sino con sus amos. Con sus libertadores, nunca. Para éstos el bronce póstumo, el catafalco monumental que tampoco les otorgarían si con eso ellos mismos no se glorificaran. Para el amo, la sangre, el oro, el honor y el provecho en vida, el sufragio, la adulación. Y eso se llama o se cree soberano!

¡Ah! si los pueblos no tuvieran el dolor, el dolor que aun a las bestias ennoblece, no merecerían sino desprecio. Su amor y su odio constituyen, pues, la misma cosa insípida para el hombre libre. Su justicia nunca llega cuando debe llegar; y así, conforme a la intención profundamente amarga de la leyenda, lo que glorifica al héroe y al Dios es morir crucificado.

Esto que hacemos ahora es, pues, por nosotros mismos, no por el gran muerto, que ya nada necesita, mientras nosotros necesitaremos cada vez más de él. La Argentina de su predilección debíase, en esta forma, un homenaje a cuyo favor recordáramos, por ejemplo, que él la inmortalizó,

única entre las naciones de América, con un excelso canto: aquel canto del centenario que es una erección de torres marmóreas y campanas de plata sobre la pampa de oro.

Mas he aquí que al fin es necesario callar; y que, como si el silencio sobreviniente saliera de su tumba, entra recién en mi ánimo la certidumbre de su muerte. Pues suele ser que al principio de estos grandes dolores, un estupor de piedra me embota el alma, el muro de la muerte que se interpone. Y después, un día viene la cosa triste, como al azar, y las lágrimas que también precisa esconder, porque son feas y puras como diamantes brutos. Y luego este deber terrible de la elocuencia, que mejor quisiera ser silencio y llorar; la cláusula medida en homenaje de belleza; la regla de bronce estoico sobre el inclito mármol.

Pero no, no es esto, nada de esto lo que yo quería decirte. Oyelo, amigo bien amado, porque ahora hablo sólo para ti: "hermano en el misterio de la lira", como tú me dijiste una vez que con mi dicha fuiste dichoso. Tú sabes que soy fuerte, y no obstante, esto es lo cierto, me falló el corazón. Tú sabes que no ando con mis penas para que las compadezcan, sacándolas a luz, como un mendigo con sus llagas; que tengo una voluntad; que sé imponer al mismo dolor el deber de la belleza; y no sé cómo, al notar que ya con estas palabras me despedía, el alma se me derramó en lágrimas casi felices de venir, del propio modo que una noche primaveral en un reguero de estrellas.

LEOPOLDO LUGONES.

YO soy aquél que ayer no más decía
El verso azul y la canción profana,
En cuya noche un ruiseñor había
Que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,
Lleno de rosas y de cisnes vagos;
El dueño de las tórtolas, el dueño
De góndolas y liras en los lagos;

Y muy siglo diez y ocho y muy antiguo
Y muy moderno; audaz, cosmopolita;
Con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
Y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia,
Mi juventud... ¿fué juventud la mía?
Sus rosas aun me dejan su fragancia—
Una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
Mi juventud montó potro sin freno;
Iba embriagada y con puñal al cinto;
Si no cayó, fué porque Dios es bueno.

En mi jardín se vió una estatua bella;
Se juzgó mármol y era carne viva;
Una alma joven habitaba en ella,
Sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
Que encerrada en silencio no salía,
Sino cuando en la dulce primavera
Era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;
Hora crepuscular y de retiro;
Hora de madrigal y de embeleso,
De "te adoro", de "¡ay!" y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego
De misteriosas gamas cristalinas,
Un renovar de notas del Pan griego
Y un desgranar de músicas latinas,

Con aire tal y con ardor tan vivo,
Que a la estatua nacían de repente
En el muslo viril patas de chivo
Y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina
Me encantó la marquesa verleniana,
Y así juntaba a la pasión divina
Una sensual hiperestesia humana;

Todo ansia, todo ardor, sensación pura
Y vigor natural; y sin falsía,
Y sin comedia y sin literatura...:
Si hay un alma sincera, esa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
Quise encerrarme dentro de mí mismo,
Y tuve hambre de espacio y sed de cielo
Desde las sombras de mi propio abismo,

Como la esponja que la sal satura
En el jugo del mar, fué el dulce y tierno

Corazón mío, henchido de amargura
Por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
El Bien supo elegir la mejor parte:
Y si hubo áspera hiel en mi existencia,
Melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,
Bañó el agua castalia el alma mía,
Peregrinó mi corazón y trajo
De la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda
Emanación del corazón divino
De la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda
Fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica,
Allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
Mientras abajo el sátiro fornicia,
Ebria de azul deslíe Filomela

Perla de ensueño y música amorosa
En la cúpula en flor del laurel verde,
Hipsipila sutil liba en la rosa,
Y la boca del faunó el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra,
Y la caña de Pan se alza del lodo;
La eterna Vida sus semillas siembra,
Y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,
Temblando de deseo y fiebre santa,
Sobre cardo heridor y espina aguda:
Así sueña, así vibra y así canta.

R U B E N D A R I O

Vida, luz y verdad, tal triple llama
Produce la interior llama infinita;
El Arte puro, como Cristo exclama:
Ego sum lux et veritas et vita!

Y la vida es misterio; la luz ciega
Y la verdad inaccesible asombra;
La adusta perfección jamás se entrega,
Y el secreto Ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente.
De desnuda que está, brilla la estrella;
El agua dice el alma de la fuente
En la voz de cristal que fluye d'ella.

Tal fué mi intento, hacer del alma pura
Mía, una estrella, una fuente sonora,
Con el horror de la literatura
Y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta
Que los celestes éxtasis inspira,
Bruma y tono menor—¡toda la flauta!,
Y Aurora, hija del Sol—¡toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó una honda;
Pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué a la onda,
Y la flecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
Con el fuego interior todo se abrasa;
Se triunfa del rencor y de la muerte,
Y hacia Belén... la caravana pasa!

AZUL....

AUTUMNAL

Eros, Vita, Lumen.

EN las pálidas tardes
Yerran nubes tranquilas
En el azul; en las ardientes manos
Se posan las cabezas pensativas.
¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños!
¡Ah las tristezas íntimas!
¡Ah el polvo de oro que en el aire flota,
Tras cuyas ondas trémulas se miran
Los ojos tiernos y húmedos,
Las bocas inundadas de sonrisas,
Las crespas cabelleras
Y los dedos de rosa que acarician!

En las pálidas tardes
Me cuenta una hada amiga
Las historias secretas
Llenas de poesía:
Lo que cantan los pájaros,
Lo que llevan las brisas,
Lo que vaga en las nieblas,
Lo que sueñan las niñas.

Una vez sentí el ansia
De una sed infinita.
Dije al hada amorosa:
—Quiero en el alma mía
Tener la inspiración honda, profunda,
Inmensa: luz, calor, aroma, vida.
Ella me dijo:—¡Ven! con el acento
Con que hablaría un arpa. En él había
Un divino idioma de esperanza.
¡Oh, sed del ideal

Sobre la cima
De un monte, a media noche,
Me mostró las estrellas encendidas.
Era un jardín de oro
Con pétalos de llamas que titilan.
Exclamé:—Más...

La aurora
Vino después. La aurora sonreía,
Con la luz en la frente,
Como la joven tímida
Que abre la reja y la sorprenden luego
Ciertas curiosas mágicas pupilas.
Y dije:— Más...—sonriendo
La celeste hada amiga
prorrumpió:—¡Y bien! ¡Las flores!

Y las flores
Estaban frescas, lindas,
Empapadas de olor: la rosa virgen,
La blanca margarita,
La azucena gentil y las volúviles
Que cuelgan de la rama estremecida.
Y dije:—Más...

El viento
Arrastraba rumores, ecos, risas,
Murmillos misteriosos, aleteos,
Músicas nunca oídas.
El hada entonces me llevó hasta el velo.
Que nos cubre las ansias infinitas,
La inspiración profunda,
Y el alma de las lirás.
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.
En el fondo se vía
Un bello rostro de mujer.

¡Oh, nunca,
Piérides, diréis las sacras dichas
Que en el alma sintiera!
Con su vaga sonrisa,
—¡Más?...—dijo el hada.—Y yo tenía entonces
Clavadas las pupilas
En el azul; y en mis ardientes manos
Se posó mi cabeza pensativa...

PROSAS PROFANAS

ERA UN AIRE SUAVE...

ERA un aire suave, de pausados giros;
El hada Harmonía ritmaba sus vuelos;
E iban frases vagas y tennes suspiros
Entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto a los ramajes,
Diríase un trémolo de liras eolias
Cuando acariciaban los sedosos trajes
Sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos
Daba a un tiempo mismo para dos rivales:
El vizconde rubio de los desafíos
Y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,
Reía en su máscara Término barbudo,
Y, como un efebo que fuese una niña,
Mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un bosque del amor palestra,
Sobre rico zócalo al modo de Jonia,
Con un candelabro prendido en la diestra
Volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlaba sus mágicas notas,
Un coro de sonos alados se oía;

P O E M A S E S C O G I D O S

Galantes pавanas, fugaces gavotas
Cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oír las quejas de sus caballeros
Ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia;
Pues son su tesoro las flechas de Eros,
El cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.

¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!
¡Ay de quien del canto de su amor se fie!
Con sus ojos lindos y su boca roja,
La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

Tiene azules ojos, es maligna y bella;
Cuando mira vierte viva luz extraña:
Se asoma a sus húmedas pupilas de estrella
El alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes
Ostenta su gloria de triunfos mundanos:
La divina Eulalia, vestida de encajes,
Una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado harmónico de su risa fina
A la alegre música de un pájaro iguala,
Con los *staccati* de una bailarina
Y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala
Bajo el ala a veces ocultando el pico;
Que desdeñes rudos lanza bajo el ala,
Bajo el ala aleve del leve abanico!

Cuando a media noche sus notas arranque
Y en arpegios áureos gima Filomela,
Y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque,
Como blanca góndola imprima su estela,

R U B E N D A R I O

La marquesa alegre llegará al bosque,
Bosque que cubre la amable glorieta
Donde han de estrecharla los brazos de un paje,
Que siendo su paje será su poeta.

Al compás de un canto de artista de Italia
Que en la brisa errante la orquesta deslíe,
Junto a los rivales la divina Eulalia,
La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,
Sol con corte de astros, en campos de azul?
¿Cuando los alcázares llenó de fragancia
La regia y pomposa rosa Pompadour?

¿Fué cuando la bella su falda cogía
Con dedos de ninfa, bailando el minué,
Y de los compases el ritmo seguía
Sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿O cuando pastoras de floridos valles
Ornaban con cintas sus albos corderos,
Y oían, divinas Tirsis de Versalles,
Las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
De amantes princesas y tiernos galanes,
Cuando entre sonrisas y perlas y flores
Iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte o en el Mediodía?
Yo el tiempo y el día y al país ignoro,
Pero sé que Eulalia ríe todavía,
¡Y es cruel y eterna su risa de oro!

P O E M A S E S C O G I D O S

EL REINO INTERIOR.

...with *Psychis, my soul!*
Poe.

UNA selva suntuosa
En el azul celeste su rudo perfil calca.
Un camino. La tierra es de color de rosa,
Cual la que pinta fra Doménico Cavalca
En sus Vidas de santos. Se ven extrañas flores
De la Flora gloriosa de los cuentos azules,
Y entre las ramas encantadas, papemores
Cuyo canto extasiara de amor a los bulbules.
(*Papemor*: ave rara. *Bulbules*: ruiseñores.)

Mi alma frágil se asoma a la ventana oscura
De la torre terrible en que ha treinta años sueña.
La gentil Primavera primavera le augura.
La vida le sonríe rosada y halagüeña.
Y ella exclama: "¡Oh fragante día! ¡Oh sublime día!
Se diría que el mundo está en flor; se diría
Que el corazón sagrado de la tierra se mueve
Con un ritmo de dicha; luz brota, gracia llueve.
Yo soy la prisionera que sonríe y que canta!"
Y las manos liliales agita, como infanta
Real en los balcones del palacio paterno.

¿Qué son se escucha, son lejano, vago y tierno?
Por el lado derecho del camino, adelanta
El paso leve una adorable teoría
Virginal. Siete blancas doncellas, semejantes
A siete blancas rosas de gracia y de armonía
Que el alba constelara de perlas y diamantes.

R U B E N D A R I O

Alabastros celestes habitados por astros:
 Dios se refleja en esos dulces alabastros!
 Sus vestes son tejidas del lino de la luna.
 Van descalzas. Se mira que posan él pie breve
 Sobre el rosado suelo como una flor de nieve.
 Y los cuellos se inclinan imperiales, en una
 Manera que lo excelso pregona de su origen.
 Como al compás de un verso su suave paso rigen.
 Tal el divino Sandro dejara en sus figuras,
 Esos graciosos gestos en esas líneas puras.
 Como a un velado son de liras y laúdes,
 Divinamente blancas y castas pasan esas
 Siete bellas princesas. Y esas bellas princesas
 Son las siete Virtudes.

Al lado izquierdo del camino y paralela-
 mente, siete mancebos—oro, seda, escarlata,
 Armas ricas de Oriente—hermosos, parecidos
 A los satanes verlenianos de Ecbatana,
 Vienen también. Sus labios sensuales y encendidos,
 De efebos criminales, son cual rosas sangrientas;
 Sus puñales de piedras preciosas revestidos
 —Ojos de víboras de luces fascinantes—
 Al cinto penden; arden las púrpuras violentas
 En los jubones; eñen las cabezas triunfantes
 Oro y rosas; sus ojos, ya lánguidos, ya ardientes,
 Son dos carbunclos mágicos de fulgor sibilino,
 Y en sus manos de ambiguos príncipes decadentes,
 Relucen como gemas las uñas de oro fino.
 Bellamente infernales,
 Llenan el aire de hechiceros veneficios
 Esos siete mancebos. Y son los siete Vicios,
 Los siete poderosos Pecados capitales.

P O E M A S E S C O G I D O S

Y los siete mancebos a las siete doncellas
 Lanzan vivas miradas de amor. Las Tentaciones
 De sus liras melifluas arrancan vagos sonos.
 Las princesas prosiguen, adorables visiones,
 En su blancura de palomas y de estrellas.

Unos y otras se pierden por la vía de rosa,
 Y el alma mía queda pensativa a su paso.
 “¡Oh! qué hay en ti, alma mía?
 ¡Oh! qué hay en tí, mi pobre infanta misteriosa?
 ¿Acaso piensas en la blanca teoría?
 ¿Acaso
 Los brillantes mancebos te atraen, mariposa?”

Ella no me responde.
 Pensativa se aleja de la obscura ventana
 —Pensativa y risueña,
 De la Bella-durmiente-del-Bosque tierna hermana—,
 Y se adormece en donde
 Hace treinta años sueña.

Y en sueño dice: “¡Oh dulces delicias de los cielos!
 ¡Oh tierra sonrosada que acarició mis ojos!
 —¡Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!
 —¡Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!”

ITE, MISSA EST.

YO adoro a una sonámbula con alma de Eloísa
 Virgen como la nieve y honda como la mar;
 Su espíritu es la hostia de mi amorosa misa
 Y alzo al són de una dulce lira crepuscular.

Ojos de evocadora, gesto de profetisa.
En ella hay la sagrada frecuencia del altar;
Su risa es la sonrisa suave de Monna Lisa,
Sus labios son los únicos labios para besar.

Y he de besarla un día con rojo beso ardiente;
Apoyada en mi brazo como convaleciente
Me mirará asombrada con íntimo pavor;

La enamorada esfinge quedará estupefacta,
Apagaré la llama de la vestal intaeta
¡Y la faunesa antigua me rugirá de amor!

MARGARITA.

In memoriam....

RECUERDAS que querías ser una Margarita
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está,
Cuando cenamos juntos, en la primera cita,
En una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlatas de púrpura maldita
Sorbían el champaña del fino baccarat;
Tus dedos deshojaban la blanca margarita
“¡Sí...no...sí...no...” y sabías que te adoraba ya!

Después, ¡oh flor de Histeria! llorabas y reías;
Tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo;
Tus risas, tus fragancias, tus quejas, eran mías.

Y en una tarde triste de los más dulces días,
La Muerte, la celosa, por ver si me querías,
¡Como a una margarita de amor, te deshojó!

COLOQUIO DE LOS CENTAUROS.

EN la isla en que detiene su esquite el argonauta
Del inmortal Ensueño, donde la eterna pauta
De las eternas lirás se escucha: Isla de oro
En que el tritón elige su caracol sonoro
Y la sirena blanca va a ver el sol—un día
Se oye un tropel vibrante de fuerza y de armonía.

Son los Centauros. Cubren la llanura. Les siente
La montaña. De lejos, forman són de torrente
Que cae; su galope al aire que reposa
Despierta, y estremece la hoja del laurel rosa.

Son los Centauros. Unos enormes, rudos; otros
Alegres y saltantes como jóvenes potros;
Unos con largas barbas como los padres ríos,
Otros imberbes, ágiles y de piafantes bríos,
Y de robustos músculos, brazos y lomos aptos
Para portar las ninfas rosadas en los raptos.

Van en galope rítmico. Junto a un fresco bosque,
Frente al gran Océano, se paran. El paisaje
Recibe de la urna matinal luz sagrada
Que el vasto azul suaviza con límpida mirada.
Y oyen seres terrestres y habitantes marinos
La voz de los crinados cuadrúpedos divinos.

QUIRON

Calladas las bocinas a los tritones gratas,
Calladas las sirenas de labios escarlatas,
Los carrillos de Eolo desinflados, digamos
Junto al laurel ilustre de florecidos ramos

R U B E N D A R I O

La gloria inmarcesible de las Musas hermosas
Y el triunfo del terrible misterio de las cosas.
He aquí que renacen los lauros milenarios;
Vuelven a dar su lumbre los viejos lampadarios;
Y anímase en mi cuerpo de centauro inmortal
La sangre del celeste caballo paternal.

RETO

Arquero luminoso, desde el zodiaco llegas;
Aun presas en las crines tienes abejas griegas;
Aun del dardo herakleo muestras la roja herida
Por do salir no pudo la esencia de tu vida.
¡Padre y Maestro excelso! Eres la fuente sana
De la verdad que busca la triste raza humana:
Aun Esculapio sigue la vena de tu ciencia;
Siempre el veloz Aquiles sustenta su existencia
Con el manjar salvaje que le ofreciste un día,
Y Herakles, descuidando su maza, en la armonía
De los astros, se eleva bajo el cielo nocturno...

QUIRON

La ciencia es flor del tiempo: mi padre fué Saturno.

ABANTES

Himnos a la sagrada Naturaleza; al vientre
De la tierra y al germen que entre las rocas y entre
Las carnes de los árboles, y dentro humana forma
Es un mismo secreto y es una misma norma,
Potente y sutilísimo, universal resumen
De la suprema fuerza, de la virtud del Numen.

QUIRON

¡Himnos! Las cosas tienen un sér vital; las cosas
Tienen raros aspectos, miradas misteriosas;

P O E M A S E S C O G I D O S

Toda forma es un gesto, una cifra, un enigma;
En cada átomo existe un incógnito estigma;
Cada hoja de cada árbol canta un propio cantar
Y hay un alma en cada una de las gotas del mar;
El vate, el sacerdote, suele oír el acento
Desconocido; a veces enuncia el vago viento
Un misterio; y revela una inicial la espuma
O la flor; y se escuchan palabras de la bruma.
Y el hombre favorito del numen, en la linfa
O la ráfaga encuentra mentor—demonio o ninfa.

FOIO

El biforme ixionida comprende de la altura,
Por la materna gracia, la lumbre que fulgura,
La nube que se anima de luz y que decora
El pavimento en donde rige su carro Aurora,
Y la banda de Iris que tiene siete rayos
Cual la lira en sus brazos siete cuerdas; los mayos
En la fragante tierra llenos de ramos bellos,
Y el Polo coronado de cándidos cabellos.
El ixionida pasa veloz por la montaña
Rompiendo con el pecho de la maleza huraña
Los erizados brazos, las cárceles hostiles;
Escuchan sus orejas los ecos más sutiles:
Sus ojos atraviesan las intrincadas hojas
Mientras sus manos toman para sus bocas rojas
Las frescas bayas altas que el sátiro codicia;
Junto a la oculta fuente su mirada acaricia
Las curvas de las ninfas del séquito de Diana;
Pues en su cuerpo corre también la esencia humana
Unida a la corriente de la savia divina
Y a la salvaje sangre que hay en la bestia equina:
Tal el hijo robusto de Ixión y de la Nube.

QUIRON

Sus cuatro patas, bajan; su testa erguida, sube.

ORNEO

Yo comprendo el secreto de la bestia. Malignos Seres hay y benignos. Entre ellos se hacen signos De bien y mal, de odio o de amor, o de pena O gozo: el cuervo es malo y la torcaz es buena.

QUIRON

Ni es la torcaz benigna, ni es el cuervo protervo: Son formas del Enigma la paloma y el cuervo.

ASTILO

El Enigma es el soplo que hace cantar la lira.

NESO

¡El Enigma es el rostro fatal de Deyanira!
Mi espalda aun guarda el dulce perfume de la bella;
Aun mis pupilas llama su claridad de estrella.
¡Oh, aroma de su sexo! ¡oh, rosas y alabastros!
¡Oh, envidia de las flores y celos de los astros!

QUIRON

Cuando del sacro abuelo la sangre luminosa
Con la marina espuma formara nieve y rosa,
Hecha de rosa y nieve nació la Anadiomena.
Al cielo alzó los brazos la lírica sirena,
Los curvos hipocampos sobre las verdes ondas
Levaron los hocicos; y caderas redondas,
Tritónicas melenas y dorsos de delfines
Junto a la Reina nueva se vieron. Los confines
Del mar llenó el grandioso clamor; el universo
Sintió que un nombre harmónico, sonoro como un verso

Llenaba el hondo hueco de la altura; ese nombre
Hizo gemir la tierra de amor: fué para el hombre
Más alto que el de Jove: y los númenes mismos
Lo oyeron asombrados; los lóbregos abismos
Tuvieron una gracia de luz ¡VENUS impera!
Ella es entre las reinas celestes la primera,
Pues es quien tiene el fuerte poder de la Hermosura.
¡Vaso de miel y mirra brotó de la amargura!
Ella es la más gallarda de las emperatrices;
Princesa de los gérmenes, reina de las matrices,
Señora de las savias y de las atracciones,
Señora de los besos y de los corazones.

EURITO

¡No olvidaré los ojos radiantes de Hipodamia!

HIPEA

Yo sé de la hembra humana la original infamia.
Venus anima artera sus máquinas fatales,
Tras los radiantes ojos ríen traidores males,
De su floral perfume se exhala sutil daño;
Su cráneo obscuro alberga bestialidad y engaño.
Tiene las formas puras del ánfora, y la risa
Del agua que la brisa riza y el sol irisa;
Mas la ponzoña ingénita su máscara pregona:
Mejores son el águila, la yegua y la leona.
De su húmeda impureza brota el calor que enerva
Los mismos sacros dones de la imperial Minerva;
Y entre sus duros pechos, lirios del Aqueronte,
Hay un olor que llena la barca de Caronte.

ODITES

Como una miel celeste hay en su lengua fina;
Su piel de flor aun húmeda está de agua marina.
Yo he visto de Hipodamia la faz encantadora,
La cabellera espesa, la pierna vencedora.

Ella de la hembra humana fuera ejemplar augusto;
 Ante su rostro olímpico no habría rostro adusto;
 Las Gracias junto a ella quedarían confusas,
 Y las ligeras Horas y las sublimes Musas
 Por ella detuvieran sus giros y su canto.

HÍPRA

Ella la causa fuera de inenarrable espanto:
 Por ella el ixionida dobló su cuello fuerte.
 La hembra humana es hermana del Dolor y la Muerte.

QUIRON

Por suma ley un día llegará el himeneo
 Que el soñador aguarda: Cinis será Ceneo;
 Claro será el origen del femenino arcano:
 La Esfinge tal secreto dirá a su soberano.

CLITO

Naturaleza tiende sus brazos y sus pechos
 A los humanos seres; la clave de los hechos
 Conócela el vidente; Homero con su báculo,
 En su gruta Deifobe, la lengua del Oráculo.

CAUMANTES

El monstruo expresa un ansia del corazón del Orbe,
 En el centauro el bruto la vida humana absorbe,
 El sátiro es la selva sagrada y la lujuria,
 Une sexuales ímpetus a la armoniosa furia.
 Pan junta la soberbia de la montaña agreste
 Al ritmo de la inmensa mecánica celeste;
 La boca melodiosa que atrae en Sirenusa
 Es de la fiera alada y es de la suave musa;
 Con la bicorne bestia Pasifae se ayunta,
 Naturaleza sabia formas diversas junta,
 Y cuando tiende al hombre la gran Naturaleza,
 El monstruo, siendo el símbolo, se viste de belleza.

GRINEO

Yo amo lo inanimado que amó el divino Hesiodo.

QUIRON

Grineo, sobre el mundo tiene un ánima todo.

GRINEO

He visto, entonces, raros ojos fijos en mí:
 Los vivos ojos rojos del alma del rubí;
 Los ojos luminosos del alma del topacio
 Y los de la esmeralda que del azul espacio
 La maravilla imitan; los ojos de las gemas
 De brillos peregrinos y mágicos emblemas.
 Amo el granito duro que el arquitecto labra
 Y el mármol en que duermen la línea y la palabra...

QUIRON

A Deucalión y a Pirra, varones y mujeres
 Las piedras aun intactas dijeron: "¿Qué nos quieres?"

LICIDAS

Yo he visto los fémures flotar, en los nocturnos
 Instantes, cuando escuchan los bosques taciturnos
 El loco grito de Atis que su dolor revela
 O la maravillosa canción de Filomela.
 El galope apresuro, si en el bosque miro
 Manes que pasan, y oigo su fúnebre suspiro.
 Pues de la Muerte el hondo, desconocido Imperio,
 Guarda el pavor sagrado de su fatal misterio.

ARNEO

La Muerte es de la Vida la inseparable hermana.

QUIRON

La muerte es la victoria de la progenie humana.

MEDON

¡La Muerte! Yo la he visto. No es demacrada y mustia
Ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.
Es semejante a Diana, casta y virgen como ella;
En su rostro hay la gracia de la núbil doncella
Y lleva una guirnalda de rosas siderales.
En su siniestra tiene verdes palmas triunfales,
Y en su diestra una copa con agua del olvido.
A sus pies, como un perro, yace un amor dormido.

AMICO

Los mismos dioses buscan la dulce paz que vierte.

QUIRON

La pena de los dioses es no alcanzar la Muerte.

EURITO

Si el hombre—Prometeo—pudo robar la vida,
La clave de la muerte serále concedida.

QUIRON

La virgen de las vírgenes es inviolable y pura.
Nadie su casto cuerpo tendrá en la alcoba obscura,
Ni beberá en sus labios el grito de victoria,
Ni arrancará a su frente las rosas de su gloria.

.....

*

Mas he aquí que Apolo se acerca al meridiano.
Sus truenos prolongados repite el Océano
Bajo el dorado carro del reluciente Apolo
Vuelve a inflar sus carrillos y sus odres Eolo.
A lo lejos, un templo de mármol se divisa
Entre laureles-rosa que hace cantar la brisa.

Con sus vibrantes notas de Céfiro desgafra
La veste transparente la helénica cigarra,
Y por el llano extenso van en tropel sonoro
Los Centauros, y al paso, tiembla la Isla de Oro.

†

VERLAINE

RESPONSO

PADRE y maestro mágico, liróforo celeste
Que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
Diste tu acento encantador;
¡Panida! Pan tú mismo, que coros condujiste
Hacia el propíleo sacro que amaba tu alma triste,
Al són del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,
Que se humedezca el áspero hocico de la fiera,
De amor si pasa por allí;
Que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;
Que de sangrientas rosas el fresco abril te adorne
Y de claveles de rubí.

Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,
Ahuyenten la negrura del pájaro protervo,
El dulce canto de cristal
Que Filomela vierta sobre tus tristes huesos,
O la armonía dulce de risas y de besos,
De culto oculto y florestal.

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto,
Que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,

Sino rocío, vino, miel;
Que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,
Y que se escuchen vagos suspiros de mujeres
Bajo un simbólico laurel!

Que si un pastor su pífano bajo el frescor del haya,
En amorosos días, como en Virgilio, ensaya,
Tu nombre ponga en la canción;
Y que la virgen náyade, cuando ese nombre escuche,
Con ansias y temores entre las linfas luce,
Llena de miedo y de pasión.

De noche, en la montaña, en la negra montaña
De las Visiones, pase gigante sombra extraña,
Sombra de un Sátiro espectral;
Que ella al centauro adusto con su grandeza asuste;
De una extrahumana flauta la melodía ajuste
A la armonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta;
Tu rostro de ultratumba bañe la luna casta
De compasiva y blanca luz;
Y el Sátiro contemple sobre un lejano monte,
Una cruz que se eleve cubriendo el horizonte
Y un resplandor sobre la cruz!

COSAS DEL CID

C UENTA Barbey, en versos que valen bien su prosa,
Una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
Pura como una perla. No se oyen en la hazaña
Resonar en el viento las trompetas de España,
Ni el azorado moro las tiendas abandona
Al ver al sol el alma de acero de Tizona.

Babiaca, descansando del huracán guerrero,
Tranquilo paze, mientras el bravo caballero
Sale a gozar del aire de la estación florida.
Ríe la Primavera, y el vuelo de la vida
Abre lirios y sueños en el jardín del mundo
Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,
Por una senda en donde, bajo el sol glorioso,
Tendiéndole la mano, le detiene un leproso.

Frente a frente el soberbio príncipe del estrago
Y la victoria, joven, bello como Santiago,
Y el horror animado, la viviente carroña
Que infecta los suburbios de hedor y de ponzoña.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo,
Y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.
—¡Oh Cid, una limosna!—dice el precito.

—¡Hermano,
Te ofrezco la desnuda limosna de mi mano!—
Dice el Cid; y quitando su férreo guante, extiende
La diestra al miserable, que llora y que comprende.

*

Tal es el sucedido que el Condestable escancia
Como un vino precioso en su copa de Francia.
Yo agregaré este sorbo de licor castellano:

*

Cuando su guantelete hubo vuelto a la mano
El Cid, siguió su rumbo por la primavera
Senda. Un pájaro daba su nota de cristal
En un árbol. El cielo profundo desleía
Un perfume de gracia en la gloria del día.
Las ermitas lanzaban en el aire sonoro
Su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;

R U B E N D A R I O

El alma de las flores iba por los caminos
A unirse a la piadosa voz de los peregrinos,
Y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,
Iba cual si llevase una estrella en el pecho.
Cuando de la campiña, aromada de esencia
Sutil, salió una niña vestida de inocencia,
Una niña que fuera una mujer, de franca
Y angélica pupila, y muy dulce y muy blanca.
Una niña que fuera un hada, o que surgiera
Encarnación de la divina Primavera.

Y fué al Cid y le dijo: “Alma de amor y fuego,
Por Jimena y por Dios un regalo te entrego:
Esta rosa naciente y este fresco laurel.”

Y el Cid, sobre su yelmo las frescas hojas siente,
En su guante de hierro hay una flor naciente,
Y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel.

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

SALUTACION DEL OPTIMISTA.

INCLITAS razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
Espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar
(nuevos himnos
Lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos; má-
(gicas

Ondas de vida van renaciendo de pronto;
Retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;
Se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña
Y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron,
Encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
Cual pudiera decirla en su verso Virgilio divino,
La divina reina de luz, la celeste Esperanza!

Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba
O a perpetuo presidio, condenasteis al noble entusiasmo,
Ya veréis el salir del sol en un triunfo de liras,
Mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
Del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
Digan al orbe: la alta virtud resucita
Que a la hispana progenie hizo dueña de siglos.

Abominad la boca que predice desgracias eternas,
Abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos,

Abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,
 O que la tea empuñan o la daga suicida.
 Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
 La inminencia de algo fatal hoy conmueve la Tierra;
 Fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
 Y algo se inicia como vasto social cataclismo
 Sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
 No despierten entonces en el tronco del roble gigante
 Bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
 ¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue
 (músculos

Y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
 No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo
 Ni entre momias y piedras reina que habita el sepulcro,
 La nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,
 Que hacía el lado del alba fija las miradas ansiosas,
 Ni la que tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
 Tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.

Unanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos;
 Formen todos un solo haz de energía ecuménica.
 Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
 Muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
 Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
 Que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
 Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
 Y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,
 Así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
 De los egregios padres que abrieron el surco pristino,
 Sientan los soplos agrarios de primaverales retornos
 Y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
 En espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
 Ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos
 (himnos.

La latina stirpe verá la gran alba futura,
 En un trueno de música gloriosa, millones de labios
 Saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
 Oriente augusto en donde todo lo cambia y renueva
 La eternidad de Dios, la actividad infinita.
 Y así sea Esperanza la visión permanente en nosotros,
 Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

HELIOS.

OH ruido divino,
 Oh ruido sonoro!
 Lanzó la alondra matinal el trino
 Y sobre ese prelude cristalino,
 Los caballos de oro
 De que el Hiperionida
 Lleva la rienda asida,
 Al trotar forman música armoniosa,
 Un argentino trueno,
 Y en el azul sereno
 Con sus cascacos de fuego dejan huellas de rosa.
 Adelante, oh cochero
 Celeste, sobre Osa
 Y Pelión, sobre Titania viva.
 Atrás se queda el trémulo matutino lucero,
 Y el universo el verso de su música activa.

Pasa, oh dominador, oh conductor del carro
 De la mágica ciencia! Pasa, pasa, oh bizarro
 Manejador de la fatal cuadriga
 Que al pisar sobre el viento
 Despierta el instrumento
 Sacro! Tiemblan las cumbres
 De los montes más altos,

Que en sus rítmicos saltos
Tocó Pegaso. Giran muchedumbres
De águilas bajo el vuelo
De tu poder fecundo,
Y si hay algo que iguale la alegría del cielo,
Es el gozo que enciende las entrañas del mundo.

¡Helios! Tu triunfo es ése,
Pese a las sombras: pese
A la noche, y al miedo y a la lívida Envidia.
Tú pasas, y la sombra, y el daño, y la desidia,
Y la negra pereza, hermana de la muerte,
Y el alacrán del odio que su ponzoña vierte,
Y Satán todo, emperador de las tinieblas,
Se hundén, caen. Y haces el alba rosa, y pueblas
De amor y de virtud las humanas conciencias,
Riegas todas las artes, brindas todas las ciencias;
Los castillos de duelo de la maldad derrumbas,
Abres todos los nidos, cierras todas las tumbas,
Y sobre los vapores del tenebroso Abismo,
Pintas la Aurora, el Oriflora de Dios mismo.

¡Helios! Portaestandarte
De Dios, padre del Arte,
La paz es imposible, mas el amor eterno.
Danos siempre el anhelo de la vida,
Y una chispa sagrada de tu antorcha encendida
Con que esquivar podamos la entrada del Infierno.
Que sientan las naciones
El volar de tu carro; que hallen los corazones
Humanos en el brillo de tu carro, esperanza;
Que del alma-Quijote y el cuerpo-Sancho Panza
Vuele una psique cierta a la verdad del sueño;
Que hallen las ansias grandes de este vivir pequeño
Una realización invisible y suprema;

¡Helios! que no nos mate tu llama que nos quema!
Gloria hacia ti del corazón de las manzanas,
De los cálices blancos de los lirios,
Y del amor que manas
Hecho de dulces fuegos y divinos martirios,
Y del volcán inmenso,
Y del hueso minúsculo,
Y del ritmo que pienso,
Y del ritmo que vibra en el corpúsculo,
Y del Oriente intenso
Y de la melodía del crepúsculo.

¡Oh, ruido divino!
Pasa sobre la cruz del palacio que duerme,
Y sobre el alma inerme
De quien no sabe nada. No turbes el Destino,
Oh ruido sonoro!
El hombre, la nación, el continente, el mundo,
Aguardan la virtud de tu carro fecundo,
Cochero azul que riges los caballos de oro.

MARCHA TRIUNFAL.

Y A viene el cortejo!
Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo;
Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y
(Martes,
Los arcos triunfales en donde las famas erigen sus largas
La gloria solemne de los estandartes (trompetas,
Llevados por manos robustas de heroicos atletas.

R U B E N D A R I O

Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
Los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
Los cascos que hieren la tierra,
Y los timbaleros
Que el paso acompasan con ritmos marciales.
Tal pasan los fieros guerreros
Debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
Su canto sonoro,
Su cálido coro,
Que envuelve en un trueno de oro
La augusta sabèrbia de los pabellones.
El dice la lucha, la herida venganza,
Las ásperas crines,
Los rudos penachos, la pica, la lanza,
La sangre que riega de heroicos carmines
La tierra;
Los negros mastines
Que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
Anuncian el advenimiento
Triunfal de la Gloria;
Dejando el picacho que guarda sus nidos,
Tendiendo sus alas enormes al viento,
Los cóndores llegan. Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño:—
Ved cómo la barba del viejo
Los bucles de oro circundan de armiño.—
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
Y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
Y la más hermosa

P O E M A S E S C O G I D O S

Sonríe el más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;
Honor al herido y honor a los fieles
Soldados que muerte encontraron por mano extranjera:
Clarines! Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
Desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:—
Las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos,
Hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.—
Las trompas guerreras resuenan;
De voces los aires se llenan....
—A aquellas antiguas espadas,
A aquellos ilustres aceros,
Que encarnan las glorias pasadas...
Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
Y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
Al que ama la insignia del suelo materno,
Al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
Los soles del rojo verano,
Las nieves y vientos del gélido invierno,
La noche, la escarcha
Y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
Saludan con voces de bronce las trompas de guerra que to-
Triunfal!.... (can la marcha

RETRATOS

I

DON Gil, Don Juan, Don Lope, Don Carlos, Don Rodrigo,
¿Cúya es esta cabeza soberbia? ¿esa faz fuerte?
¿Esos ojos de jaspe? ¿esa barba de trigo?
Este fué un caballero que persiguió a la Muerte.

R U B E N D A R I O

Cien veces hizo cosas tan sonoras y grandes
Que de águilas poblaron el campo de su escudo;
Y ante su rudo tercio de América o de Flandes
Quedó el asombro ciego, quedó el espanto mudo.

La coraza revela fina labor; la espada
Tiene la cruz que erige sobre su tumba el miedo;
Y bajo el puño firme que da su luz dorada,
Se afianza el rayo sólido del yunque de Toledo.

Tiene labios de Borgia, sangrientos labios, dignos
De exquisitas calumnias, de rezar oraciones
Y de decir blasfemias: rojos labios malignos
Florecidos de anécdotas en cien Decamerones.

Y con todo, este hidalgo de un tiempo indefinido,
Fué el abad solitario de un ignoto convento,
Y dedicó en la muerte sus hechos: "¡AL OLVIDO!"
Y el grito de su vida luciferina: "¡AL VIENTO!"

II

En la forma cordial de la boca, la fresa
Solemniza su púrpura; y en el sutil dibujo
Del óvalo del rostro de la blanca abadesa
La pura frente es ángel y el ojo negro es brujo.

Al marfil monacal de esa faz misteriosa
Brotó una dulce luz de un resplandor interno,
Que enciende en las mejillas una celeste rosa
En que su pincelada fatal puso el infierno.

¡Oh, Sor María! ¡Oh, Sor María! ¡Oh, Sor María!
La mágica mirada y el continente regio,

P O E M A S E S C O G I D O S

¿No hicieron en un alma pecaminosa un día
Brotar el encendido clavel del sacrilegio?

Y parece que el hondo mirar cosas dijera,
Especiosas y unguidas de miel y de veneno.
(Sor María murió condenada a la hoguera:
Dos abejas volaron de las rosas del seno.)

CANCION DE OTOÑO EN PRIMAVERA.

JUVENTUD, divino tesoro,
Ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
Y a veces lloro sin querer...

Plural ha sido la celeste
Historia de mi corazón.
Era una dulce niña, en este
Mundo de duelo y de aflicción.

Miraba como el alba pura;
Sonreía como una flor.
Era su cabellera obscura
Hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.
Ella, naturalmente, fué,
Para mi amor hecho de armiño,
Herodías y Salomé...

Juventud, divino tesoro,
Ya te vas para no volver...!
Cuando quiero llorar, no lloro,
Y a veces lloro sin querer...

La otra fué más sensitiva,
Y más consoladora y más
Halagadora y expresiva,
Cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura
Una pasión violenta unía.
En un peplo de gasa pura
Una bacante se envolvía...

En sus brazos tomó mi ensueño
Y lo arrulló como a un bebé...
Y le mató, triste y pequeño,
Falto de luz, falto de fe...

Juventud, divino tesoro,
Te fuiste para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
Y a veces lloro sin querer...

Ot.a juzgó que era mi boca
El estuche de su pasión;
Y que me roería, loca,
Con sus dientes el corazón.

Poniendo en un amor de exceso
La mira de su voluntad,
Mientras eran abrazo y beso
Síntesis de la eternidad;

Y de nuestra carne ligera
Imaginar siempre un Edén,
Sin pensar que la Primavera
Y la carne acaban también...

Juventud, divino tesoro,
Ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
Y a veces lloro sin querer!

¡Y las demás! en tantos climas,
En tantas tierras, siempre son,
Si no pretextos de mis rimas,
Fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa
Que estaba triste de esperar.
La vida es dura. Amarga y pesa.
Ya no hay princesa que cantar!

Mas a pesar del tiempo terco,
Mi sed de amor no tiene fin;
Con el cabello gris, me acercó
A los rosales del jardín...

Juventud, divino tesoro,
Ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
Y a veces lloro sin querer!

Mas es mía el Alba de oro!

DIVINA PSIQUIS

DIVINA Psiquis, dulce mariposa invisible
Que desde los abismos has venido a ser todo
Lo que en mi sér nervioso y en mi cuerpo sensible
Forma la chispa sacra de la estatua de lodo!

Te asomas por mis ojos a la luz de la tierra
Y prisionera vives en mí de extraño dueño:
Te reducen a esclava mis sentidos en guerra
Y apenas vagas libre por el jardín del sueño.

Sabia de la Lujuria que sabe antiguas ciencias,
Te sacudes a veces entre imposibles muros,
Y más allá de todas las vulgares conciencias
Exploras los recodos más terribles y oscuros.

Y encuentras sombra y duelo. Que sombra y duelo en-
Bajo la viña en donde nace el vino del Diablo. (cuentres
Te posas en los senos, te posas en los vientres
Que hicieron a Juan loco e hicieron cuerdo a Pablo.

A Juan virgen y a Pablo militar y violento,
A Juan que nunca supo del supremo contacto;
A Pablo el tempestuoso que halló a Cristo en el viento,
Y a Juan, ante quien Hugo se queda estupefacto.

Entre la catedral y las ruinas paganas
Vuelas, ¡oh, Psiquis, oh, alma mía!
—Como decía
Aquel celeste Edgardo,
Que entró en el paraíso entre un son de campanas
Y un perfume de nardo—
Entre la catedral
Y las paganas ruinas
Repartes tus dos alas de cristal,
Tus dos alas divinas.
Y de la flor
Que el ruiseñor
Canta en su griego antiguo, de la rosa,
Vuelas, ¡oh Mariposa!
A posarte en un clavo de Nuestro Señor!

CANTO DE ESPERANZA

UN gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.
Un soplo milenario trae amagos de peste.
Se asesinan los hombres en el extremo Este.

¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?
Se han sabido presagios y prodigios se han visto
Y parece inminente el retorno del Cristo.

La tierra está preñada de dolor tan profundo
Que el soñador, imperial meditabundo,
Sufre con las angustias del corazón del mundo.

Verdugos de ideales afligieron la tierra,
En un pozo de sombra la humanidad se encierra
Con los rudos molosos del odio y de la guerra.

¡Oh, Señor Jesucristo! por qué tardas, qué esperas
Para tender tu mano de luz sobre las fieras
Y hacer brillar al sol tus divinas banderas!

Surge de pronto y vierte la esencia de la vida
Sobre tanta alma loca, triste o empedernida
Que amante de tinieblas tu dulce aurora olvida.

Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo.
Ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo,
Ven a traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco, que miró el visionario,
Pase. Y suene el divino clarín extraordinario.
Mi corazón será brasa de tu incensario.

R U B E N D A R I O

EN LA MUERTE DE RAFAEL NUÑEZ.

Que sais-je?

EL pensador llegó a la barca negra;
Y le vieron hundirse
En las brumas del lago del Misterio,
Los ojos de los Cisnes.

Su manto de poeta
Reconocieron, los ilustres lises
Y el laurel y la espina entremezclados
Sobre la frente triste.

A lo lejos alzábanse los muros
De la ciudad teológica, en que vive
La sempiterna Paz. La negra barca
Llegó a la ansiada costa, y el sublime
Espíritu gozó la suma gracia;
Y ¡oh Montaigne! Núñez vió la cruz erguirse,
Y halló al pie de la sacra Vencedora
El helado cadáver de la Esfinge.

NOCTURNO.

LOS que auscultasteis el corazón de la noche,
Los que por el insomnio tenaz habéis oído
El cerrar de una puerta, el resonar de un coche
Lejano, un eco vago, un ligero ruido...

En los instantes del silencio misterioso,
Cuando surgen de su prisión los olvidados,
En la hora de los muertos, en la hora del reposo,
Sabréis leer estos versos de amargor impregnados...!

P O E M A S E S C O G I D O S

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores
De lejanos recuerdos y desgracias funestas,
Y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,
Y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
La pérdida del reino que estaba para mí,
El pensar que un instante pude no haber nacido,
Y el sueño que es mi vida desde que yo nací!

Todo esto viene en medio del silencio profundo
En que la noche envuelve la terrena ilusión,
Y siento como un eco del corazón del mundo
Que penetra y conmueve mi propio corazón.

NOCTURNO

QUIERO expresar mi angustia en versos que abolida
Dirán mi juventud de rosas y de ensueños,
Y la desfloración amarga de mi vida
Por un vasto dolor y cuidados pequeños.

Y el viaje a un vago Oriente por entrevistados barcos,
Y el grano de oraciones que floreció en blasfemia,
Y los azoramientos del cisne entre los charcos
Y el falso azul nocturno de inquerida bohemia.

Lejano clavicordio que en silencio y olvido
No diste nunca al sueño la sublime sonata;
Huérfano esquife, árbol insigne, obscuro nido
Que suavizó la noche de dulzura de plata...

Esperanza olorosa a hierbas frescas, trino
Del ruiseñor primaveral y matinal,
Azucena tronchada por un fatal destino,
Rebusca de la dicha, persecución del mal...

El ánfora funesta del divino veneno
Que ha de hacer por la vida la tortura interior,
La conciencia espantable de nuestro humano cieno
Y el horror de sentirse pasajero, el horror

De ir a tientas, en intermitentes espantos,
Hacia lo inevitable desconocido, y la
Pesadilla brutal de este dormir de llantos
¡De la cual no hay más que Ella que nos despertará!

LA DULZURA DEL ANGELUS...

LA dulzura del angelus matinal y divino
Que diluyen ingenuas campanas provinciales,
En un aire inocente a fuerza de rosales,
De plegaria, de ensueño de virgen y de trino

De ruiseñor, opuesto todo al rudo destino
Que no cree en Dios... El áureo ovilleo vespertino
Que la tarde devana tras opacos cristales
Por tejer la inconsútil tela de nuestros males

Todos hechos de carne y aromados de vino...
Y esta atroz amargura de no gustar de nada,
De no saber adonde dirigir nuestra prora

Mientras el pobre esquife en la noche cerrada,
Va en las hostiles olas huérfano de la aurora...
(Oh, suaves campanas entre la madrugada!)

AY, TRISTE DEL QUE UN DIA....

AY, triste del que un día en su esfinge interior
Pone los ojos e interroga. Está perdido.
Ay del que pide eureka al placer o al dolor.
Dos dioses hay, y son: Ignorancia y Olvido.

Lo que el árbol desea decir y dice al viento,
Y lo que el animal manifiesta en su instinto,
Cristalizamos en palabra y pensamiento.
Nada más que maneras expresan lo distinto.

LO FATAL.

DICHOSO el árbol que es apenas sensitivo,
Y más la piedra dura porque esa ya no siente,
Pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo
Ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
Y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
Y sufrir por la vida y por la sombra y por

Lo que no conocemos y apenas sospechamos,
Y la carne que tienta con sus frescos racimos,
Y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
Y no saber adónde vamos,
Ni de dónde venimos...!

EL CANTO ERRANTE

REVELACION.

EN el acantilado de una roca
Que se alza sobre el mar, yo lancé un grito
Que de viento y de sal llenó mi boca:

A la visión azul de lo infinito,
Al poniente magnífico y sangriento,
Al rojo sol todo milagro y mito.

Y sentí que sorbía en sal y viento
Como una comunión de comuniones
Que en mí hería sentido y pensamiento.

Vidas de palpitantes corazones,
Luz que ciencia concreta en sus entrañas,
Y prodigios de las constelaciones.

Y oí la voz del dios de las montañas
Que anunciaba su vuelta en el concierto,
Maravilloso de sus siete cañas.

Y clamé y dijo mi palabra: "¡Es cierto,
El gran dios de la fuerza y de la vida,
Pan, el gran Pan de lo inmortal, no ha muerto!"

P O E M A S E S C O G I D O S

Volví la vista a la montaña erguida
Como buscando la bicorne frente
Que pone sol en l'alma del panida.

Y vi la singular doble serpiente
Que enroscada al celeste caduceo
Pasó sobre las olas de repente

Llevada por Mercurio. Y mi deseo
Tornó a Thalasa maternal la vista,
Pues todo hallo en la mar cuando la veo.

Y vi azul y topacio y amatista,
Oro, perla y argento y violeta,
Y de la hija de Electra la conquista.

Y escuché el ronco ruido de trompeta
Que del tritón el caracol derrama,
Y a la sirena, amada del poeta.

Y con la voz de quien aspira y ama,
Clamé: "¿Dónde está el dios que hace del lodo
Con el hendido pie brotar el trigo

Que a la tribu ideal salva en su exodo?"
Y oí dentro de mí: "Yo estoy contigo,
Y estoy en ti y por ti: yo soy el Todo."

VESPER.

QUIETUD, quietud... Ya la ciudad de oro
Ha entrado en el misterio de la tarde.
La catedral es un gran relicario.
La bahía unifica sus cristales
En un azul de arcaicas mayúsculas

R U B E N D A R I O

De los antifonarios y misales.
Las barcas pescadoras estilizan
El blancor de sus velas triangulares
Y como un eco que dijera "Ulises,"
Junta alientos de flores y de sales.

VISION.

TRAS de la misteriosa selva extraña
Ví que se levantaba al firmamento
Horadada y labrada una montaña

Que tenía en la sombra su cimiento.
Y en aquella montaña estaba el nido
Del trueno, del relámpago y del viento.

Y tras sus arcos negros el rugido
Se oía del león. Y cual obscura
Catedral de algún dios desconocido,

Aquella fabulosa arquitectura
Formada de prodigios y visiones,
Visión monumental, me dió pavora.

A sus pies habitaban los leones;
Y las torres y flechas de oro fino
Se juntaban con las constelaciones.

Y había un vasto domo diamantino
Donde se alzaba un trono extraordinario
Sobre sereno fondo azul marino.

Hierro y piedra primero y mármol pario
Luego, y arriba mágicos metales.
Una escala subía hasta el santuario

P O E M A S E S C O G I D O S

De la divina sede. Los astrales
Esplendores las gradas repartidas
De tres en tres bañaban. Colosales

Aguilas con las alas extendidas
Se contemplaban en el centro de una
Atmósfera de luces y de vidas.

Y en una palidez de oro de luna
Una paloma blanca se cernía,
Alada perla en mística laguna.

La montaña labrada parecía
Por un majestuoso Piraneso
Babélico. En sus flancos se diría

Que hubiese cincelado el bloque espeso
El rayo; y en lo alto enorme friso
De la luz recibía un áureo beso,

Beso de luz de aurora y paraíso.
Y yo grité en la sombra:—¿En qué lugares
Vaga hoy el alma mía?—De improviso

Surgió ante mí, ceñida de azahares
Y de rosas blanquísimas, Estela,
La que suele surgir en mis cantares.

Y díjome con voz de Filomela:
—No temas: es el reino de la Lira
De Dante; y la paloma que revuela

En la luz es Beatrice. Aquí conspira
Todo al supremo amor y alto deseo.
Aquí llega el que adora y el que admira—

R U B E N D A R I O

—¿Y aquel trono, le dije, que allá veo?—
—Ese es el trono en que su gloria asienta
Ceñido el lauro el gibelino Orfeo.

Y abajo es donde duerme la tormenta.
Y el lobo y el león entre lo obscuro
Encienden su pupila, cual violenta

Brasa. Y el vasto y misterioso muro
Es piedra y hierro; luego las arcadas
Del medio son de mármol; de oro puro

La parte superior, donde en gloriosas
Albas eternas se abre al infinito
La sacrosanta Rosa de las rosas.—

—¡Oh, bendito el Señor!—clamé—bendito,
Que permitió al arcángel de Florencia
Dejar tal mundo de misterio escrito

Con lengua humana y sobrehumana ciencia,
Y crear este extraño imperio eterno
Y ese trono radiante en su eminencia,

Ante el cual abismado me prosterno.
Y feliz quien al cielo se levanta
Por las gradas de hierro de su infierno!

Y ella:—Que este prodigio diga y cante
Tu voz.—Y yo:—Por el amor humano
He llegado al divino. Gloria al Dante!

Ella, en acto de gracia, con la mano
Me mostró de las águilas los vuelos,
Y ascendió como un lirio, soberana

P O E M A S E S C O G I D O S

Hacia Beatriz, paloma de los cielos.
Y en el azul dejaba blancas huellas
Que eran a mí delicias y consuelos.

Y vi que me miraban las estrellas!

¡EHEU!

A QUI, junto al mar latino,
Digo la verdad:
Siento en roca, aceite y vino
Yo mi antigüedad.

¡Oh, qué anciano soy, Dios santo!
¡Oh, qué anciano soy!...
¿De dónde viene mi canto?
Y yo, ¿adónde voy?

El conocerme a mi mismo
Ya me va costando
Muchos momentos de abismo
Y el cómo y el cuándo...

Y esta claridad latina,
¿De qué me sirvió
A la entrada de la mina
Del yo y el no yo?

Nefelibata contento,
Creo interpretar
Las confidencias del viento,
La tierra y el mar...

Unas vagas confidencias
Del ser y el no ser,

R U B E N D A R I O

Y fragmentos de conciencias
De ahora y de ayer.

Como en medio de un desierto
Me puse a clamar;
Y miré el sol como muerto
Y me eché a llorar.

LA HEMBRA DEL PAVO REAL

EN Ecbatana fué una vez...
O más bien creo que en Bagdad...
Era una rara ciudad,
Bien Samarcanda, o quizás Fez.

La hembra del pavo real,
Estaba en el jardín desnuda;
Mi alma amorosa estaba muda
Y habló la fuente de cristal.

Habló con su trino y su alegre
Y su stacatto y son sonoro,
Y venían del bosque negro
Voz de plata y llanto de oro.

La desnuda estaba divina,
Salomónica y oriental:
Era una joya diamantina
La hembra del pavo real.

Los brazos eran dos poemas
Ilustrados de ricas gemas,
Y no hay un verso que concentre

P O E M A S E S C O G I D O S

El trigo y albor de palomas,
Y lirios y perlas y aromas
Que había en los senos y el vientre.

Era una voluptuosidad
Que sabía a almendra y a nuez
Y a vinos que gustó Simbad...
En Ecbatana fué una vez,
O más bien creo que en Bagdad.

En las gemas resplandecientes
De las colas de los pavones
Caían gotas de las fuentes
De los orientes de ilusiones.

La divina estaba desnuda.
Rosa y nardo dieron su olor...
Mi alma estaba extasiada y muda
Y en el sexo ardía una flor.

En las terrazas decoradas
Con un gusto extraño y fatal,
Fué desnuda ante mis miradas
La hembra del pavo real.

DANZA ELEFANTINA.

O ID, Cloe, Aglae, Nice,
Que es singular.
El elefante dice:
"Voy a danzar."

Lleno de filosofía
Tiene el testuz;

R U B E N D A R I O

La trompa es sabiduría,
Los colmillos, luz.

Las formidables orejas
Gravedades son
Muy llenas de cosas viejas
Y de erudición.

Cuatro patas misteriosas,
Pues no vienen sin
Haber chafado las rosas
De griego y latín,

Van a trenzar unas danzas
Que son la verdad,
Los ensueños y esperanzas
De la humanidad.

¿El elefante está enfermo?
¿Harto de laurel
Índico está el paquidermo
Rehusó al rabel?

Basta pesadez le sobra
Para la función;
Y danza mejor la cobra
De la flauta al son.

Ninfas, danzad. El alisio
Besa vuestros pies.
El virtual don de Dionisio
Con vosotras es.

Oid, Cloe, Nice, Aglae,
Toda mi ciencia es amor;
Y en mis danzas se distrae
Mi maestro el rui señor.

POEMA DEL OTOÑO

POEMA DEL OTOÑO

TU, que estas la barba en la mano
meditabundo,
¿has dejado pasar, hermano,
la flor del mundo?

Te lamentas de los ayeres
con quejas vanas:
¿aun hay promesas de placeres
en los mañanas!

Aun puedes casar la olorosa
rosa y el lis,
y hay mirtos para tu orgullosa
cabeza gris.

El alma ahita cruel inmola
lo que la alegra,
como Zingua, reina de Angola,
lúbrica negra.

Tú has gozado de la hora amable,
y oyes después
la imprecación del formidable
Eclesiastés.

R U B E N D A R I O

El domingo de amor te hechiza:
mas mira cómo
llega el miércoles de ceniza:
Memento, homo...

Por eso hacia el florido monte
las almas van,
y se explican Anacreonte
y Omar Kayam.

Huyendo del mal, de improviso
se entra en el mal
por la puerta del paraíso
artificial.

Y, no obstante, la vida es bella,
por poseer
la perla, la rosa, la estrella
y la mujer.

Lucifer brilla. Canta el ronco
mar. Y se pierde
Silvano oculto tras el tronco
del haya verde.

Y sentimos la vida pura,
clara, real,
cuando la envuelve la dulzura
primaveral.

¿Para qué las envidias viles
y las injurias,
cuando retuercen sus reptiles
pálidas furias?

P O E M A S E S C O G I D O S

¿Para qué los odios funestos
de los ingratos?
¿Para qué los lívidos gestos
de los Pilatos?

¡Si lo terreno acaba, en suma,
cielo e infierno,
y nuestras vidas son la espuma
de un mar eterno!

Lavemos bien de nuestra veste
la amarga prosa;
soñemos en una celeste,
mística rosa.

Cojámos la flor del instante;
¡la melodía
de la mágica alondra cante
la miel del día!

Amor a su fiesta convida
y nos corona.
Todos tenemos en la vida
nuestra Verona.

Aun en la hora crepuscular
canta una voz:
“¡Ruth, risueña, viene a espigar
para Booz!”

Mas coged la flor del instante
cuando en Oriente
nace el alba para el fragante
adolescente.

R U B E N D A R I O

¡Oh! Niño que con Eros juegas,
niños lozanos,
danzad como las ninfas griegas
y los silvanos.

El viejo tiempo todo roe
y va de prisa;
sabed vencerle, Cintia, Cloe
y Cidalisa.

Trocad por rosas azahares,
que suena el son
de aquel Cantar de los Cantares
de Salomón.

Priapo vela en los jardines
que Cipris huella;
Hécate hace aullar los mastines;
mas Diana es bella.

Y apenas envuelta en los velos
de la ilusión,
baja a los bosques de los cielos
por Endimión.

¡Adolescencia! Amor te dora
con su virtud;
goza del beso de la aurora,
¡oh juventud!

¡Desventurado el que ha cogido
tarde la flor!
Y ¡ay de aquel que nunca ha sabido
lo que es amor!

P O E M A S E S C O G I D O S

Yo he visto en tierra tropical
la sangre arder,
como en un cáliz de cristal,
en la mujer.

Y en todas partes la que ama
y se consume
como una flor hecha de llama
y de perfume.

Abrasaos en esa llama
y respirad
ese perfume que enbalsama
la Humanidad.

Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza,
y después se tornará en
polvo y ceniza.

Gozad del sol, de la pagana
luz de sus fuegos;
gozad del sol, porque mañana
estaréis ciegos.

Gozad de la dulce armonía
que a Apolo invoca;
gozad del canto, porque un día
no tendréis boca.

Gozad de la tierra, que un
bien cierto encierra;
gozad, porque no estáis aún
bajo la tierra.

R U B E N D A R I O

Apartad el temor que os hiela
y que os restringe;
la paloma de Venus vuela
sobre la Esfinge.

Aun vencen muerte, tiempo y hado
las amorosas;
en las tumbas se han encontrado
mirtos y rosas.

Aun Anadiódema en sus lidias
nos da su ayuda;
aun resurge en la obra de Fidias
Friné desnuda.

Vive el bíblico Adán robusto,
de sangre humana,
y aun siente nuestra lengua el gusto
de la manzana.

Y hace de este globo viviente
fuerza y acción
la universal y omnipotente
fecundación.

El corazón del cielo late
por la victoria
de este vivir, que es un combate
y es una gloria.

Pues aunque hay pena y nos agravia
el sino adverso,
en nosotros corre la savia
del universo.

P O E M A S E S C O G I D O S

Nuestro cráneo guarde el vibrar
de tierra y sol,
como el ruido de la mar
el caracol.

La sal del mar en nuestras venas
va a borbotones;
tenemos sangre de sirenas
y de tritones.

A nosotros encinas, lauros,
frondas espesas;
tenemos carne de centauros
y satiresas.

En nosotros la Vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!

SANTA ELENA DE MONTENEGRO

HORA de Cristo en el Calvario,
Hora de terror milenario,
Hora de sangre, hora de osario.

La luna huraño humor destila
En la tumba de la Sibila
Y *solvet saeculum in favilla...*

Hécate aullante y fosca yerra,
Y lanza el infierno su guerra
Por las pústulas de la tierra.

R U B E N D A R I O

El hambre medioeval va por
Sendas de sulfúreo vapor
Y olor de muerte! ¡Horror, horror!

Ladran con un furioso celo
Los canes del diablo hacia el cielo
Por la boca del Mongibelo.

Tiemblan pueblos en desvarío
De hambre, de terror y de frío...
¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

Como en la dantesca Comedia,
Nos eriza el pelo y asedia
El espanto de la Edad Media.

Pasan furias haciendo gestos,
Pasan mil rostros descompuestos;
Allá arriba hay signos funestos.

Hay pueblos de espectros humanos
Que van mordiéndose las manos.
Comienzan su obra los gusanos.

Falta la terrible trompeta.
Mas oye el alma del poeta
Crujir los huesos del planeta.

Al ruido terráqueo, un ruido
Se agrega profundo, inoído...
Viene de lo desconocido.

Entretanto, la muchedumbre
Grita sin fe, sin pan, sin lumbre,
Alocada de pesadumbre.

P O E M A S E S C O G I D O S

Y bajo el obscuro destino
Se oyen rechinar de contino
Los rojos dientes de Hugolino.

Y todo espíritu se pasma
Al ver entre el fuego y el miasma
Retorcerse al dolor-fantasma.

Arruga el ceño el Deo Ignoto,
Y Atropos, Laquesis y Cloto
Hacen señas al Terremoto...

Ululan voces lamentables;
Son idénticos y espantables
Millonarios y miserables.

Van rebaños dolientes... Van
Visiones de duelo y afán
Cual vió en su Apocalipsis Juan.

Y sobre ellas ceniza avienta
El corazón de la tormenta,
Y un rencor divino revienta.

Y bajo sus pies huye el suelo,
Y sobre sus frentes el duelo
Cae de lo triste del cielo.

¡Oh asombro y miedo de las Musas!
¡Oh cabelleras de Medusas!
¡Oh los rictus de las empusas!

¡Oh amarga máscara amarilla,
Ojos do luz siniestra brilla
Y escenarios de pesadilla!

R U B E N D A R I O

Acres relentes, voz que hiere
Repentina, gente que muere...
¡Ay! ¡Miserere!... ¡Miserere!

¡Jardines que hoy son cementerios
Destruídos por los cauterios
De los temerosos Misterios!

Región que el espanto prefiere
Y en donde la muerte más hiere...
¡Ay! ¡Miserere!... ¡Miserere!

¡Mas oíd un celeste allegro!
Es que pasa en el horror negro
Santa Elena de Montenegro.

POEMAS DISPERSOS

EL REBAÑO DE HUGO.

CLAUDICANTE, viejo, solo,
Viene del Polo el Invierno;
Eolo sopla en su cuerno
Saludando al Rey del Polo.
Al son del cuerno de Eolo
Lanza el gran mar su clamor;
Sobre el oceánico hervor
Da el tritón su canto extraño,
Y con su crespo rebaño
Pasa el terrible pastor.

En la granítica punta
De un escarpe, el faro brilla.
La gaviota blanca chilla
A la nube cejijunta.
La luna, virgen difunta,
Lanza un espectral fulgor;
Con su gongo aterrador
El trueno golpea el riscó,
Y, camino del aprisco,
Pasa el terrible pastor.

Arriba un negro cochero
Que rige un siniestro coche,

R U B E N D A R I O

Ase, y agita en la noche,
El relámpago de acero.
Al sentir el golpe fiero,
La cuadriga del terror
Relinchando de dolor
Sobre el mundo se despeña;
La onda su toisón desgreña:
Pasa el terrible pastor.

ENVÍO

¡Burgrave Hugo! Emperador!
De tu clarín, visionario,
Se oye el inmenso clamor
Cuando en el mar solitario
Pasa el terrible pastor!

¿DONDE ESTAS?

ESTRELLA, ¿te has ido al cielo?
Paloma, ¿te vas de vuelo?
¿Dónde estás?
Ha tiempo que no te miro:
¿Te fuiste como un suspiro
Y para siempre jamás?...

Vivaracha muchachita,
¿Es que Puck te ha dado cita
En recóndito jardín?
¿Es que partes al llamado
De algún fiero, enamorado
Serafín?

Primorosa musa mía,
Mensajera de alegría,

P O E M A S D I S P E R S O S

Dulce flor,
¿Por qué ocultas el semblante
A los ojos de tu amante
Soñador?

¿Es que tienes un palacio
De diamante, de topacio,
En un mágico país?
¿Es que algún genio te manda
A Bagdad, a Samarkanda,
O a París?

¿O en el carro de algún mago,
O en un cisne sobre un lago,
Como un ramo de jazmín,
Vas brindando tu delicia
Mientras suave te acaricia
Un amado Lohengrín?

Deliciosa chiquitina,
Que en tu risa cristalina
Das la gama del amor;
Mariposa pintoresca,
Siempre viva siempre fresca
De perfume embriagador,

Yo sabía
Que por ti la luz del día
Recelosa estaba y fiera;
Que por ti sufre y se irrita
La envidiosa señorita
Primavera.

Pero, ¿dónde estás, mi vida?
Si en un bosque estás perdida

R U B E N D A R I O

O en un negro torreón,
Donde el vivo amor te prende
De algún genio, de algún duende
De la corte de Oberón;

Si un osado caballero
Como a un ángel prisionero
Te llevó,
Mi Zoraida, mi Fatima,
Quien te busque y te redima
Seré yo.

Pero mándame un mensaje
Con tu enano, con tu paje,
Con el viento, con el sol,
O, aromado con tu aroma,
Que lo traiga una paloma
Tornasol.

¿Vuelves? ¿Vienes? Estoy triste:
Más cruel dolor no existe
Que el no verte nunca más.
Dime, perla, margarita,
Primorosa muchachita,
¿Dónde estás?

LOS REGALOS DE PUCK

P UCK se despierta. Y se encanta
Y se retuerce de risa,
Porque el alba se levanta
En camisa...

P O E M A S D I S P E R S O S

Y muestra, al salir del lecho,
Descuidada y perezosa,
En la pierna y en el pecho
Nieve y rosa.

Como un mirlo lechuguino
Mira a Puck que se divierte;
Le reprende de esta suerte:
—¡Libertino!

Puck no chista; disimula,
Y se lanza a la pradera
Cual si fuese una ligera
Libelula.

Como duende alegre y rico,
Los regalos de Año Nuevo
Va a buscar Robin Buen-Chico.
Del renuevo

De un rosal donde se posa,
Va a una rama verde y fresca
Donde está una mariposa
Pintoresca;

O a los ámbares y granas
De las rosas soñolientas;
Se detiene en las gencianas
Y las mentas;

Y estremece cuando vuela
Los retoños de una caña,
O da un salto por la tela
De una araña;

R U B E N D A R I O

O en la copa de un clavel
Se mece y hace en seguida
De una hoja recién nacida
Su escabel.

Y después el duende vuela
Con sus alas sonrosadas
A vaciar donde las hadas
Su escarcela.

Compra un collar de coral
Que sobre una hortensia brilla,
Y compra una gargantilla
De cristal,

Que cuenta a cuenta se enreda
Al borde de una hoja fina,
Y compra a un gusano seda
De la China.

Adquiere de un moscardón
Una ala limpia y hermosa,
Flabel que dará a la esposa
De Oberón.

Para tapiz compra el buche
A un ligero colibrí
Y a una granada un estuche
De rubí.

A un rosal una guirnalda
Que aromó la primavera;
A una juncia una pulsera
De esmeralda.

P O E M A S D I S P E R S O S

De una paloma pretende
Los zapaticos Luis Quince,
Pero la paloma es lince:
No los vende.

Una azucena gentil
Le ofrece un áureo alfiler,
Y una abeja un neceser
De marfil.

Y entre amapolas sangrientas
Y entre pájaros vibrantes,
Puck va con joyas y cuentas
Y diamantes,

De tal modo y con tal bulla,
Que de un árbol de limón
Le lanza al paso una pulla
Un gorrión.

Fué de vuelo Puck. De pronto
A Colombina encontró;
Y junto a ella, hecho un tonto,
A Pierrot.

Colombina sonreía:
Y la cara de Pierrot
Decía tristeza, no
Picardía.

Dice a Puck:—‘Merezco un palo!
Al nido de ella no llevo
La mañana de año nuevo
Ni un regalo!

R U B E N D A R I O

Perlas le dará Arlequín,
Oropeles Pantalón,
Y le dará una canción
 Querubín.”

(Cerca están unas violetas
Que oyen a los tarambanas.
¡Cómo se ríen con ganas
 Las coquetas!)

Puck dice:—“Ten tú presente:
En amores, paso a paso!
Y no hay que hacer mucho caso
 De la gente.

Si perlas le da Arlequín,
Hoy tú, cuando nace el día,
Repítelo: “linda,” sin
 Cortesía.

Si oropeles Pantalón,
Lánzale tú una mirada
Que lleve encendida, alada,
 Tu pasión.

Y si Querubín travieso
Le canta dulces amores,
Tú, llévala entre las flores;
 Dala un beso!”

Vuela Puck. Mil besos hay
En las brisas indiscretas.
Y se quejan las violetas
 Estrujadas—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

P O E M A S D I S P E R S O S

COCONI BONAFoux

COCONI, nombre de flor
O de pájaro o de gema
De la Biblia. Es un poema
Hecho de triunfo y frescor.

Coconí es el cocotal
Y el picaflor, y la miel,
Y el mirlo sobre el laurel
Al lado del manantial.

Flor de sol, botón de aurora,
Pequeñita soberana,
Maravilloso “mañana”
Que eres un divino “ahora.”

Junto a la amable tormenta
Que tienes por padre, sueña.
Tu almita, que está pequeña,
¡Si vieras cuánto le alienta!

Quisiera ver, Coconí,
Cuando tú seas mujer,
La cara que has de poner
Al acordarte de mí.

Tu linda boca dirá:
“Bellos versos me escribió
Aquel señor que pasó...
Y que quería a papá.”

UN SONETO PARA BEBE.

UN verso nuevo y gentil
Y metálico y sonoro;
Un precioso anillo moro
Que puliera el esmeril;

Una rosa, del abril
Que dentro el pecho atesoro;
Una perla en concha de oro,
Llena de aroma sutil;

Pues que tu lengua interpreto,
Idioma de luz y miel,
Te daría, niño inquieto:

Envuelto en este papel,
Un diamante hecho soneto
Para que juegues con él.

I

MINUE

DE raso azul vestidas están las bellas damas,
Entre tapices llenos de asuntos de Watteau;
La reina danza alegre, sus ojos son dos llamas;
Habrá lirios como ella, pero más blancos, no.

Para ella el mirto brota las hojas de sus ramas,
Para ella el padre Apolo las rimas inventó,

Por ella son hermosos los regios oriflomas,
Versalles y el Eliseo, Louvre y Fontainebleau.

Gentil el paso mide, su cuello real erguido,
Sonriente y desdeñosa su linda boca en flor;
Paloma de alabastro que tiene de oro el nido,

Por solo afán el gozo y el triunfo y el amor;
El gran reino de Francia posee a sus pies rendido:
El pueblo está allá abajo y arriba está el Señor.

II

EL LEON

Un trueno formidable París inmenso llena.
¿Qué tempestad avanza? ¿qué nube, qué volcán
Sobre la faz del orbe y el alto abismo truena?
¿Qué ráfaga se agita? ¿qué soplo, qué huracán?

El pueblo, al fin, ha roto su secular cadena,
Con fuerza de torrente, con brazos de titán;
Derroca la Bastilla y el ronco clarín suena
Que anuncia los incendios que al mundo salvarán.

Del trono fracasado se oyó el crujir violento:
El hombre es libre y canta del libre la canción,
Haciendo conmoverse la Francia en su cimiento.

Rugiente abre sus fauces el león-Revolución;
Y baja de la altura como un sagrado viento,
Que hace temblar y encrespa las crines del león.

III

EL CUELLO BLANCO

La dulce y real paloma subió a la guillotina:
Es cabellera cana la que opulenta fué;
El cuello de azucena feroz verdugo inclina
Delante el pueblo todo que el sacrificio ve.

¡Oh, María Antonieta! ¡Cuán otra tu divina
Figura en los graciosos compases del minué,
Cuando eras una diosa de mano alabastrina,
De labios encendidos y de ligero pie!

El misterioso sino la majestad humilla,
Oh, Clovis! oh, gran Carlos! oh, huesos de San Luis!
La tempestad del mundo brotó de la Bastilla,

Como un tropel de truenos se despertó en París.
Dios deja que ese cuello lo corte la cuchilla
Y que callosas manos ajen la flor de lis.

IV

SUPREMA LEX

Sí, Dios lo quiere a veces. La sangre, las matanzas,
Vienen como una triste y aterradora ley;
Señala lo infinito momentos de venganzas:
Rompe la jaula el águila, quebranta el yugo el buey.

Terrible es la tormenta que trae las asechanzas,
La rabia del rebaño, las iras de la grey;
Que pone las cabezas sangrientas en las lanzas,
Y arranca con la vida la púrpura del rey.

Sí, Dios lo quiere a veces; y envía el cataclismo,
Hace brotar del fondo siniestro del abismo
Las lívidas borrascas, la negra tempestad,

Para que surja en medio de la ardua noche trágica
Como divina enseña, como corona mágica,
Tu nimbo constelado de luz, oh Libertad!

COMO PALOMAS TORNANSE...

COMO palomas tórnanse los tigres de la Hircania,
Ante la rubia Cipria que enciende el corazón;
Ya se oye el ruido alegre del carro de Titania
Que busca enamorada los besos de Oberón.

La fiesta de las rosas y el canto de los nidos
Llenan los verdes campos y pueblan el verjel,
Despiertan en las cumbres los pájaros dormidos
Sobre las frescas hojas del lirio o del laurel.

¿Quién es ésa que llega tan bella como Flora?
¿Quién es esa adorable, divina emperatriz?
¿Quién es ésa que tiene los labios de la Aurora,
La frente casta y pura como una flor de lis?

Quando anda riega lirios y cuando mira, estrellas.
¿Quién su sonrisa viera para morir después!
¿Quién fuera un bello príncipe para seguir sus huellas!
¿Quién fuera un dios amante para besar sus pies.

Un pájaro está triste por ella en la montaña,
Porque sintió el perfume de la fragante flor;
La vió el cielo una noche magnífica y extraña,
Y un astro está por ella muriéndose de amor.

BALADA SOBRE LA SENCILLEZ DE LAS ROSAS
PERFECTAS

A la Srta. Carmen de S. Concha.

ESTA visión de sonrosado encanto,
Floral ternura de mil gracias llena,
¿La he visto yo cubierta con el manto
Que Dios conoce en la mujer chilena?
En miniatura de historia agarena?
En medioeval poema iluminado?
Bajo el azul, en una flor del prado?
O en una infanta de cortes fastuosas?
Yo no lo sé, pero en ella he encontrado
La sencillez de las perfectas rosas.

Celebrad prestigiosas Scherezadas
Llenas de hechizos miliunanochescos,
Dad vuestros versos a huríes y hadas
O a reinas de otros reinos pintorescos.
Noble visión hay en tiempos y frescos
Para loor de mil divinas cosas
Que se han vivido o se han imaginado.
Mas nada que a esto sea comparado:
La sencillez de las perfectas rosas.

Puede la orquídea hecha sueño o delirio,
Ser flor fatal que casi piensa y anda;
Puede encantar con su blancor el lirio
Y con su broche el tulipán de Holanda.
Ritmo latino flór de Italia escanda,
Copla española el clavel encarnado,
Y que en David la Amada y el Amado
Sean un sueño a vírgenes y esposas:

Todo ello encierra haber aquí cantado
La sencillez de las perfectas rosas.

ENVIO

Carmen, el tiempo vuela apresurado;
Mas se oíría algún pájaro encantado,
Como en hagiografías deleitosas
Donde hay un monje lírico extasiado,
Cuando en tu rostro se haya contemplado
La sencillez de las perfectas rosas.

FIORETTI

UNA dama sale de misa.
¿Es una devota?... Quizá...
Aunque se muestra en su sonrisa
Con un poco de Monna Lisa
Un mucho de Monna Delzá.

Es una dama algo morena.
(¡Cuán lejos Manzana de Anís!)
Una parisiense agarena,
Una mágica hurí del Sena,
Scheherezada de París.

La voy siguiendo paso a paso,
Desde la iglesia en que la vi,
Repitiendo mi Garcilaso,
Y con Musset soñando acaso
Une andalouse au sein bruni.

O con Théo el sibarita
A Mademoiselle Maupin...

R U B E N D A R I O

La fina mano al beso invita.
En la pila de agua bendita
Quedó un relente de Lubin.

Esa picante feligresa
¿Qué le diría al confesor?
¡Cuál penitencia a la diablesa
En cuya alma de silfo pesa
Pecadora carga de amor!

El arrepentimiento vuela
Con el deseo, y al volar
No van a encender una vela
A Santiago de Compostela,
Sino a Pau, Biarritz, o Dinard.

Y la coqueta no se aflige
Por homilía ni sermón,
Y no piensa si se corrige;
Mas sí de Fouquieres dirige
El esperado cotillón.

Rezó su oración en voz queda
Cuando la absolvió el confesor.
Pero después, poco se veda...
Pecaditos de rosa y seda,
¿Qué mal te van a hacer, Señor?

A bailar, feligresa buena,
En el próximo cotillón;
Y si el temor de errar te apena,
Puedes rezar una novena
Al gentil San Pascual Bailón.

P O E M A S D I S P E R S O S

AMADO NERVO.

AMADO es la palabra que en querer se concreta,
Nervo es la vibración de los nervios del mal.
Bendita sea y pura la canción del poeta,
Que lanzó sin pensar su frase de cristal.

Fraile de los suspiros, celeste anacoreta
Que tienes en blancura l'azúcar y la sal,
Muéstrame el lirio puro que sigues en la veta
Y hazme escuchar el eco de tu alma sideral.

Generoso y sutil como una mariposa,
Encuentra en mí la miel de lo que soy capaz
Y goza en mí la dulce fragancia de la rosa.

No busques en mis gestos el alma de mi faz:
Quiere lo que se aquieta, busca lo que reposa
Y ten como una joya la perla de la Paz.

TOAST

SER feliz campeón de los ilustres juegos
En que son semidioses y poetas hermanos,
Ver en sueños temblar la gran lira en las manos
Del viejo rey de musas, príncipe de los ciegos.

Prender su antorcha humana con los divinos fuegos
Y mantener en nuestros bosques americanos
Al par que la frescura de los mirtos romanos
El verdor armoniso de los laureles griegos,

R U B E N D A R I O

Y alma tan trasparente y sonora que admira
Por el puro cristal en que su esencia encierra
Y en que como el oriente de una perla se mira,

Honrar al continente y enaltecer su tierra
Y todo ante la gracia celeste de la lira,
Son los más grandes cargos contra don Justo Sierra!

A UN POETA.

POR olas intranquilas y por soplos amargos
Iba el bajel de Grecia con rumbo a la ilusión;
Febo daba su gloria para la nave Argos
Y Júpiter sabía del sueño de Jasón.

Espera infamias duras y aguarda vientos largos,
Tú, que tienes por nave tu propio corazón,
Que si tienes cuidados y multiplicas cargos
A la cuenta de tu alma lírica y dulce son.

Y a la cuenta de tu alma te pondrán tus locuras,
Tus conquistas fugaces y tus cosas impuras...
El ángel de la guarda exacto y puro es.

Así que peques mucho o así que peques poco,
Te salvarás por santo, por poeta o por loco,
Y las cuentas finales te arreglarán después.

BALADA LAUDATORIA.

DEL país del sueño,—tinieblas, brillos,
Donde crecen plantas, flores extrañas,
Entre los escombros de los castillos,
Junto a las laderas de las montañas;

P O E M A S D I S P E R S O S

Donde los pastores en sus cabañas
Rezan, cuando al fuego dormita el can,
Y donde las sombras antiguas van
Por cuevas de lobos y de raposas,
Ha traído cosas muy misteriosas
Don Ramón María del Valle-Inclán.

Cosas misteriosas, trágicas, raras,
De cuentos oscuros de los antaños,
De amores terribles, crímenes, daños,
Como entre vapores de solfataras.
Caras sanguinarias, pálidas caras,
Gritos ululantes, pena y afán,
Infaustos hechizos, aves que van
Bajo la amenaza del gerifalte,
Dice en versos ricos de oro y esmalte
Don Ramón María del Valle-Inclán.

Sus aprobaciones diera el gran Will
Y sus alabanzas el gran Miguel
A quien ya nos cuenta cuentos de Abril,
O poemas llenos de sangre y hiel.
Para él la palma con el laurel
Que en manos de España listos están,
Pues mil nobles lenguas diciendo van
Que han sido ganados en buena lid
Por el otro Manco que hay en Madrid:
Don Ramón María del Valle-Inclán.

ENVIO

Señor, que en Galicia tuviste cuna,
Mis dos manos estas flores te dan
Amadas de Apolo y de la Luna,
Cuya sacra influencia siempre nos una,
Don Ramón María del Valle-Inclán.

TOISON

YO soy un semicentauro
De semblante avieso y duro,
Que remedo a Minotauro
Y me copio de Epicuro.

A mi frente agobia un lauro
Que predice mi futuro...
Y en la vida soy un tauro
Que derriba fuerte muro.

Yo le canto a Proserpina,
La que quema corazones
En su cálida piscina...

Soy Satán, y soy un Cristo
Que agoniza entre ladrones...
¡No comprendo dónde existo!

CANCION DE LA NOCHE EN EL MAR

QUE barco viene allá?
Es un farol, o es una estrella?
¿Qué barco viene allá?
Es una linterna tan bella...
Y no se sabe a dónde va!

Es Venus, es Venus la bella!
¿Es un alma o es una estrella?
¿Qué barco viene allá?
Es una linterna tan bella...
Y no se sabe a dónde irá!

P O E M A S D I S P E R S O S

Es Venus, es Venus, es Ella!
Es un fanal y es una estrella
Que nos indica el más allá
Y que el Amor sublime sella,
Y es tan misteriosa y tan bella
Que en la noche deja su huella
Y no se sabe a dónde va!

TRISTE, MUY TRISTEMENTE...

UN día estaba yo triste, muy tristemente
Viendo cómo caía el agua de una fuente;
Era la noche dulce y argentina. Lloraba
La noche. Suspiraba la noche. Sollozaba
La noche. Y el crepúsculo en su suave amatista,
Diluí la lágrima de un misterioso artista.
Y ese artista era yo, misterioso y gimiente,
Que mezclaba mi alma al chorro de la fuente.

PAJAROS DE LAS ISLAS...

PAJAROS de las islas, en vuestra concurrencia
Hay una voluntad,
Hay un arte secreto y una divina ciencia,
Gracia de eternidad.

Vuestras evoluciones, academia expresiva,
Signos sobre el azur,
Riegan a Oriente ensueño, a Occidente ansia viva,
Paz a Norte y a Sur.

R U B E N D A R I O

La gloria de las rosas y el candor de los lises
A vuestros ojos son,
Y a vuestras alas líricas son las brisas de Ulises,
Los vientos de Jasón.

Almas dulces y herméticas que al eterno problema
Sois en cifra veloz,
Lo mismo que la roca, el huracán, la gema,
El iris y la voz.

Pájaros de las islas, ¡oh pájaros marinos!
Vuestros revuelos, con
Ser dicha de mis ojos, son problemas divinos
De mi meditación.

Y con las alas puras de mi deseo abiertas
Hacia la inmensidad,
Imito vuestros giros en busca de las puertas
De la única Verdad.

SUEÑOS.

EL pinar está a mi lado.
¡Oh, dulzura del pinar!
El pinar está a mi lado,
¡Cuántas cosas me ha contado
Que no puedo revelar!

¡Oh pinar suave y sombrío
Que produces dulce son!
Son de espumas, son de río;
Son amable al sueño mío;
Son de sueño y corazón.

P O E M A S D I S P E R S O S

He soñado historia y brillo,
Armas, glorias y poder;
Fuí señor de horea y cuchillo
Al amparo del castillo,
Del castillo de Bellver.

Y las hojas de los pinos
Daban sombra a mi soñar;
Pinos llenos de los trinos
De los pájaros divinos
Que encantaban el pinar.

Luz antigua. Velas rojas.
Velas blancas. Bruma. Sol.
¿Qué murmuran estas hojas
Del pinar en español?

Van marcando los destinos
Siempre signo, norma o fin:
Tú recibe de los pinos
"Bon de turpi" en mallorquín.

TRIPTICO DE NICARAGUA.

I

LOS BUFONES

RECUERDO, allá en la casa familiar. Dos enanos
Como los de Velázquez. El uno, varón, era
Llamado "el capitán". Su vieja compañera
Era su madre. Y ambos parecían hermanos.

R U B E N D A R I O

Tenían de peles, de espectros, de gusanos.
El cojeaba, era bizzo, ponía cara fiera.
Fabricaba muñecos y figuras de cera
Con sus chicas, horribles y regordetas manos.

También fingía ser obispo y bendecía;
Predicaba sermones de endemoniado enredo
Y rezaba contrito pater y avemaría.

Luego enano y enana se retiraban quedo;
Y en tanto que la gente hacendada reía,
Yo, silencioso, en un rincón, tenía miedo.

II.

EROS

Es mi juventud, mi juventud que juega
Con versos e ilusiones, espada de oro al cinto;
Hay en mi mente un sueño siempre vario y distinto;
Y mi espíritu ágil al acaso se entrega.

En cada mujer miro como una ninfa griega;
En poemas sonoros sus frescas gracias pinto;
Y esto pasa al amor del puerto de Corinto,
O en la rica en naranjas de almíbar, Chinandega.

¡Tiempo lejano ya! Mas aun veo azahares
En los naranjos verdes impregnados de aromas,
O las viejas fragatas que llegan de los mares

Lejanos, o el hicaco, o tupidos manglares;
O tú, rostro adorado en ese tiempo, asomas
Con primeros amores y primeros pesares.

P O E M A S D I S P E R S O S

III

TERREMOTO

Madrugada. En silencio reposa la gran villa
Donde de niño supe de cuentos y consejas,
O asistí a serenatas de amor junto a las rejas
De alguna novia bella, timorata y sencilla.

El cielo lleno de constelaciones brilla,
Y su oriente disputan suaves luces bermejas.
De pronto un terremoto mueve las casas viejas
Y la gente en las calles y patios se arrodilla

Medio desnuda y clama: "Santo Dios! ¡Santo Fuerte!
¡Santo Inmortal!" La tierra tiembla a cada momento;
Algo de apocalíptico mano invisible vierte.

La atmósfera es pesada como plomo. No hay viento.
Y se diría que ha pasado la Muerte
Ante la impasibilidad del firmamento.

EN EL LUXEMBOURG

LUXEMBOURG otoñal de un día melancólico;
Los árboles dorados envuelve la hora gris;
A Galatea blanca y al cíclope bucólico
Duplica en sus cristales la fuente Medieís.

Este rincón de ensueños en el jardín divino
Propicio a las caricias como a las gracias es,
Uniendo los encantos del gusto florentino
Con un ambiente griego y un decoro francés.

R U B E N D A R I O

Se escuchan risas cerca de los peces purpúreos;
Hay parterres con un diamante en cada flor;
Hay cortesanas fáciles para los epicúreos
Y celdas verdes para religiosos de amor.

Ante los simulacros de la reina de Francia,
La *fillete* de lis y rosa muestra sus
Piernas; y los bebés su dulzura de infancia,
Ya de niño Cupido, ya de niño Jesús.

Meditabundos viejos descansan en los bancos;
De migas y sonrisas una bella hace don,
Generosa de rubios rizos y brazos blancos:
La sonrisa al poeta y la miga al gorrión.

Aquí su amable gozo vierte el "país latino;"
Se oye un eco de Italia, o una frase en inglés;
Al amor ruso mezela su ácido el amor chino,
Y el beso parisiense se junta al japonés.

Suena un *che* o un *all right*, un *ja* o un *kalimera*,
Un cumplimiento turco, o un piropo español.
Es otoño y los niños están en primavera
Al son del arpa que melodiza el Guignol.

Más allá el organillo diluye su armonía,
Mientras los caballeros liliputienses van
Domando, en torbellino de veloz alegría,
Los caballos de palo que amó el Pauvre Lelian

Los poetas de mármol, entre efluvios y aromas,
Perpetúan el sueño de un Olimpo inmortal;
No lejos pasa el vuelo de un coro de palomas
Y el surtidor erige su pluma de cristal.

P O E M A S D I S P E R S O S

Adorable jardín que una reina italiana,
Adorada por Francia, con sus flores de lis
Llenó de hechizo eglógico y de virtud pagana,
Para adornar el dulce regazo de París.

LO QUE HAY EN EL SILENCIO DE MI VIDA.

LO que hay en el silencio de mi vida
De voz, canción, llamada, trino o queja,
No lo oír ya Desdémona dormida,
Porque ya el ruiseñor no está a la reja.

La esencia de la sangre de mi herida,
El misterio profundo de mi queja
Y lo que puso en mi panal la abeja
Mientras parió la leona en su guarida;

Todo lo que hay en mi de complicado,
De pecador sutil o de perverso,
Vino de amor o extracto de pecado,

Abarcando en mi afán el universo,
Todo eso lo he exprimido y lo he brindado
En sacrificio, inspiración y verso.

EN LAS CONSTELACIONES...

EN las constelaciones Pitágoras leía,
Yó en las constelaciones pitagóricas leo;
Pero se han confundido dentro del alma mía
El alma de Pitágoras con el alma de Orfeo.

R U B E N D A R I O

Sé que soy desde el tiempo del Paraíso reo;
Sé que he robado el fuego y robé la armonía;
Que es abismo mi alma y huracán mi deseo;
Que sorbo el infinito y quiero todavía...

¿Pero qué voy a hacer si estoy atado al potro
En que, ganando el premio, siempre quiero ser otro
Y en que dos, en mí mismo, triunfa uno de los dos?

En la arena me enseña la tortuga de oro
Hacia dónde conduce de las musas el coro
Y en dónde triunfa augusta la voluntad de Dios.

TODO LO QUE ENIGMÁTICO DESTINO...

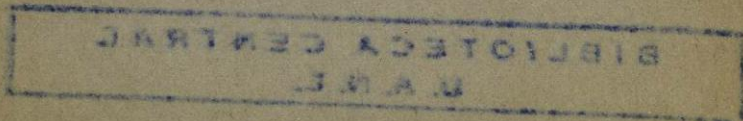
TODO lo que enigmático destino
Ponga de duro, o ponga de contrario
Al paso del poeta peregrino;

Flecha de tenebroso sagitario,
Insulto de sayón, o golpe rudo,
Caída en el camino del Calvario,

Lo resiste quien lleva por escudo,
Tranquilo y fuerte en la gloria del día
Y con el sueño azul en la cabeza,
La devoción de la Alta Poesía
Y de Nuestra Señora la Belleza.

ÍNDICE

	Págs.
Rubén Darío	5
POEMAS ESCOGIDOS	
Yo soy aquél que ayer no más decía	21
AZUL....	
Autumnal	25
PROSAS PROFANAS	
Era un aire suave	28
El reino interior	31
Ite, missa est	33
Margarita	34
Coloquio de los Centauros	35
Verlaine (Responso)	43
Cosas del Cid	44
CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA	
Salutación del optimista	47
Helios	49
Marcha triunfal	51
Retratos	53
Canción de otoño en primavera	55
Divina Psiquis	57
Canto de esperanza	59
En la muerte de Rafael Núñez	60
Nocturno (Los que auscultasteis el corazón...)	60
Nocturno (Quiero expresar mi angustia)	61
La dulzura del Angelus	62
Ay, triste del que un día	63
Lo fatal	63
EL CANTO ERRANTE	
Revelación	64
Véspers	65



Poema del otoño	78
Santa Elena de Montenegro	79

POEMAS DISPERSOS

El rebaño de Hugo	83
¿Dónde estás?	84
Los regalos de Puck	86
Coconi Bonafoux	91
Un soneto para bebé	92
I.—Minué	92
II.—El león	93
III.—El cuello blanco	94
IV.—Suprema Lex	94
Como palomas tórnanse	95
Balada sobre la sencillez de las rosas perfectas	96
Ficratti	97
Amado Nervo	99
Toast	99
A un poeta	100
Balada laudatoria	100
Toisón	102
Canción de la noche en el mar	102
Triste, muy tristemente	103
Pájaros de las islas	103
Sueños	104
Tríptico de Nicaragua	105
En el Luxembourg	107
Lo que hay en el silencio de mi vida	109
En las constelaciones	109
Todo lo que enigmático destino	110

**BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.**

PQ7519

D3

A17

1919

12236

CAP

AUTOR

DARIO, Rubén

TITULO

Poemas escogidos seguidos de poesías

**BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.**

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

PQ7519

CAP

D3

A17

1919

12236

AUTOR

DARIO, Rubén

TITULO

Poemas escogidos seguidos de poes...

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

LECTURA SELECTA

REVISTA QUINCENAL DE DIVULGACIÓN LITERARIA

PUBLICADA POR F. GONZÁLEZ GUERRERO

SECCION A: POEMAS.

Poemas escogidos de **Amado Nervo** (publicado).....\$ 0.75
Poemas escogidos de **Rubén Darío** (publicado)
Poemas escogidos de **Eugenio de Castro**, traducciones de Guillermo Valencia, Ismael Enrique Arciniegas, Luis Berisso, etc.
Seguirán poemas escogidos de Julián del Casal, Guillermo Valencia, Julio Herrera Reissig, etc.

SECCION B: SCHAHRAZADA.

Los más bellos cuentos de todos los países.

Con cuatro números de esta sección se formará un volumen de 400 páginas.

Vol. I Nº 1. Contiene cuentos de Goethe, Gautier, Lafcadio Hearn (Koizumi Yakumo), Amado Nervo, Richard Middleton, y un cuento árabe (publicado).

Vol. I números 2, 3 y 4 (en preparación).

SECCION C: VARIA.

Los **Caballos de Abdera**, por Leopoldo Lugones (publicado).
El **Libro de Monelle**, por Marcel Schwob. Traducción de Rafael Cabrera, (en preparación).
Peter Pan, por James M. Barrie. Traducción de Julio Torri (en preparación).

SECCION D: AUTORES MEXICANOS ^{Y NUEVOS}

Composiciones sentimentales, por José Vasconcelos (en prensa).
Cara de Virgen. Novela, por M. Silva y Acéves (en prensa).
Seguirán libros de Julio Torri, Alfonso Reyes, etc.

Precio del ejemplar en toda la República

CINCUENTA CENTAVOS.

Suscripciones por series de doce números, \$ 5.00

Háganse los pedidos al Apartado 1016.—México, D. F.